

HOMBRES
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

Por
RAFAEL
MAZUECOS

LIBRO 51

Estas herencianas, al parecer ajenas al mundo, repasan la ropa y cuanto da de sí el tiempo en la "cará" de la Almazara de Friginal, en la prima tarde de un día soleado.

Fotografías artísticas

Nuestro gran artista fotográfico lo es Arístides Quiralte, sin lugar a dudas, aunque sin estudio abierto ni puerta a la calle.

En este libro van dos magistrales, la de la portada y esta misma que reproducimos en su honor y representa a Ramona Ramiro Alberca con su bi nieta Sonia, cuyos semblantes son la expresión más elocuente de sus sentires íntimos, captados sutilmente por el objetivo singular de Arístides, nieto de la una y padre de la otra.

¡Qué estampa tan eclesial! ¡Qué hondura de sentimientos! ¡Qué resignada aptitud! ¡Qué santa aspiración y qué evangélica conformidad.

Todo lo tiene esta imagen a la que nada se puede pedir: arte, oportunidad y finura de observación, comunidad de dos almas que confunden sus anhelos irrealizables. Consumatun est.

Ramona, cuyas cuerdas y abatida cabeza nos hablan de largo, interminable y conmovedor sufrimiento, hasta el exterminio y la mirada de la niña que ve en ella protección e inagotable esperanza. Sobre ellas se percibe el Verbo divino que les trae la santa paz.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Marzo de 1983

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo LI

PRIMERA

Cantemos, como los corredores antiguos, al echar canilla y llevar la primera media a la boca del embudo que inclinaban sobre el tino: PRIMERA.

Vamos a medir esta bodeguilla, que no es una gran cosa, pero que tiene unas tinajillas de vino de yema bien encascado, de uvas de Piédrola que decía José Rufao, que eran muy señoritas, de poca cosecha pero muy fina y el terreno inatacable por la filoxera. Y el vino hecho con lo que corría por el jaraíz, remostado a brazo y sacado en pellejos sobre los riñones sin mezcla de mal alguno.

Este es el libro 51. Se continua en él la numeración natural de los libros a pesar de lo dicho en el 50, porque los propios autores nos han obligado a cambiar un poco el rumbo y trasladar al número 52, que está compuesto y para su salida inmediata, los trabajos de Palmero y Rodríguez Martín, entre otros que no quisiéramos dejar sin publicar por ser fundamentales para el manejo posterior de la obra.

El resto de los trabajos, algunos importantes desde el punto de vista de la historia contemporánea, podrían incluirse igual en una primera división del libro 50 que en el 52, pero es más fácil para la investigación ulterior seguir el orden numérico natural, pues no debemos olvidar que hay que morir y los apéndices que se tienen publicados de algunos libros, ya pasan desapercibidos o son más difíciles de identificar, teniendo, como tienen todos ellos, asuntos de importancia local o comarcal y aún general.

Quede claro que se seguirá el orden correlativo y que el siguiente será el 52 a pesar de llevar asuntos de la mayor importancia local, propios del 50.

Perdonar las vacilaciones debidas al deseo de buscar lo más conveniente y sigamos.

INDICE

Portada
Almazara de Friginal
Contraportada Primera
Fotografías Artísticas
Contraportada Segunda
Recalco
Página 1
Primera
Página 2
D. Mariano el médico
Página 7
La Torre de Sta. María
Página 9
Engranajes alcazareños por el ferrocarril
Página 12
La plaza y su nombre
Página 14
Escuela de aficionados
Página 16
Escuela de D. Demetrio
Página 18
Doña Angeles la del Coronel
Página 19
Los golfos del paseo... y las golfas
Página 21
Los evacuados
Página 23
Periodiquillos de pueblo (Notas bibliográficas)
Página 47
La casa de Cervantes
Página 48
Sebastián el de la fuente

D. Mariano, el médico

I

Hay que decirlo todo porque, en los últimos tiempos, Alcázar ha tenido dos Marianos con "don" resonante, don Mariano, el médico y don Mariano el Inspector principal de la estación, los dos forasteros y los dos profundamente arraigados en nuestra Villa, don Mariano Martínez y don Mariano Rico. Y los dos casados aquí, más o menos maduros pero ambos fuera de quintas.

De don Mariano Rico figuran bastantes detalles en los libros de Alcázar. De don Mariano Martínez solamente las notas del libro 50, por no haber surgido la oportunidad de engarzarle en nuestra vida espiritual, aunque su cualidad de médico rural verdadero, de médico de campo, nos lo ha hecho siempre especialmente atractivo y digno de consideración como enseñanza para los que desde aquí le contemplaban como el hombre que se debate a solas con la naturaleza, con la prudencia y la entereza del montaraz que necesita sortear y vencer con inferioridad de fuerzas pero con la cautela y la firmeza del cazador.

Don Mariano, ya bien curtido como médico de campo, de visitar su pueblo y siete anejos más y cobrar en especie o según pueden los vecinos, se hizo médico de ciudad, de pequeña ciudad con campo, donde no se sentó de golpe sino después de largos reconocimientos como las aves migratorias y de aposentamientos accidentales y salteados, con años de hospedaje de fonda, sin hacer ruido ni producir alteraciones, buscando la adaptación natural que le permitió crearse una situación preeminente sin originar resentimientos. Había aprendido bien las lecciones campestres de su juventud profesional y las leyes de la naturaleza de luchar por la vida, largamente observadas en sus correrías serranas viendo la tierra, los animales y las plantas.



No hemos podido encontrar a don Mariano como médico en el campo conquense, pero le hallamos en el monte alcazareño como labrador y, por los que le acompañan, en la época que más le ocupaba la profesión, pues la presencia de Eladio el de José María el de la diaria, quiere decir que le llevó como de visita y la de Polonio, el sordo de las vacas, que corresponde al tiempo que le tuvo encargado de la casa.

Ninguno de los tres está seguro sobre la tierra pero Lizano y Justo podían volar mientras que don Mariano tenía las alas sujetas por los sarmientos de las cepas y nunca pudo levantar el vuelo.

II

Yo tuve pocos contactos con don Mariano, muy pocos y a su casa solo fuí una vez

cuando vivía en la de doña Flor por la parte de la calle Arjona, con Modesto el de los co-
nejos, creo que soltero, como Manzanique y don Magdaleno, ni vírgenes ni mártires, con
los resabios de todo hijo cuyo padre contrae nuevas nupcias, que son incurables, uni-
versales y eternos.

Otra vez le visité cuando vivía en la casa de Sánchez Tembleque, pero tuve una
coincidencia que me lo reveló, la noche que le diagnosticué por mera intuición confir-
mada en el acto, la retención de orina a don Magdaleno, que no se lo creía de puro
ofuscado.

Le planteé la necesidad de hacer un cateterismo y como le conocía y sabía las
dificultades probables, le propuse la colaboración de quien tenía más instrumental urina-
rio, a sabiendas de los serios motivos que tenía para rechazarlo, pero accedió y quiso tam-
bién que fuera Mariano.

A pesar de mis previsiones se quedó sin sondar y dispuesto para salir de madruga-
da a ser operado, pero don Mariano hizo gala de una firmeza y una convicción admirables
y se sacó de la chaqueta una sonda rígida, que es un instrumento terrible no dominándolo
y don Magdaleno no se atrevió a rechistar.

Don Mariano se mostró muy poseído de que con ella lo lograría. No fue así pero
lo hizo bien en reiterados intentos, aunque fracasara y sus modos y decisión denotaban la
experiencia y el sentimiento de la obligación, adquiridos en los campos conquenses, pues
el llevar aquella sonda quería decir los desengaños que había sufrido y que no se achicaba
ante los problemas, sino que los afrontaba y le dejaban su preocupación para aprender a
resolverlos. La presencia de la sonda rígida pregonaba los fracasos tenidos con la blanda
y lo que se había molestado para soltarse en su manejo, que es el deber de todo médico
y la conciencia profesional en cualquier parte, pero más en los caseríos solitarios donde
brillan las cualidades del médico hecho, bien formado y de inagotables recursos, como un
ángel divino. Sentía el pundonor profesional, la "vergüenza torera" de la impotencia ante
el grave problema en los campos solitarios y no se había dormido para evitarse nuevos re-
mordimientos.

Don Magdaleno murió de aquello a los dos años o más, sin que yo dejara de ir a
verle ninguna noche y de percibir su confianza que pasó de tratarme a baqueta como chi-
co de su clientela a ser su paño de lágrimas. Don Magdaleno era muy brusco, pero muy
miedoso, un tímido en realidad y don Mariano todo un hombrecito, muy templado. Y se-
guro que este problema, como el de los partos, fue de los que más veces le obligaron a cru-
zar la sierra a las altas horas de la noche, a uña de caballo, lloviendo o nevando, para resol-
ver a solas cualquier problema urgente de obligada necesidad.

III

La instalación de don Mariano en Alcázar coincidió con un cambio en el arte mé-
dico por irse abandonando las fórmulas magistrales a favor de los productos envasados
llamados "específicos", que ya habían difundido ampliamente el genial Dr. Andreu en
Barcelona con sus pastillas para la tos y el famoso Dr. Garrido de Madrid, Luna 6, siempre
en su farmacia.

Conocí al Dr. Andreu ya viejo y hasta comí con él en su hotel del Tibidabo cuan-
do pobló aquella montaña de las más singulares atracciones al final de la guerra del 14-18,
con los cuarteles generales de la misma metidos en las trincheras estudiando sus planes.
Qué gran hombre don Salvador Andreu y qué gran catalán.

El Dr. Garrido era cosa aparte y un asunto muy diferente. Enrique Chicote que era hijo de boticario con oficina en la calle Ancha y muy conocedor de las comidillas profesionales, refiere que se le reprochaba publicar anuncios en los periódicos y comenta uno que dice:

“Dr. Garrido, reconocido por el gremio madrileño el primer farmacéutico español.—Me resta cobrar cincuenta mil duros por la curación de un enfermo gracias a mis específicos. Garantizo sus efectos en casos factibles con 1.000; 10.000; 20.000 o 25.000 duros. Sirven para las siguientes enfermedades: Dispépsias, gastritis, gastrálgias, estreñimiento, almorranas, flemas, vientos palpitaciones, diarreas, acidez, ruido de oídos, acedías, pituitas, jaquecas, sordera, náuseas, vómitos, dolores, agrieceas, calambres, espasmos, inflamación de estómago, de los riñones, del corazón, de costado, y de espalda, todos los desórdenes del hígado, de los nervios, de la garganta, de los bronquios, del aliento, de la membrana mucosa, vejiga y bilis, insomnios, tos, opresiones, asma, catarros, tisis, herpes, erupciones, melancolías, decaimientos, agotamientos, parálisis, pérdidas de memoria, diabetes, reuma, gota, fiebre, histerismo, la danza de San Vito, irritación de nervios, neuralgias. vicio y pobreza de sangre, palideces, supresiones, hidropesias, reumatismo, falta de frescura y energía, hipocondría... ¡Nada más!. Precio 12 reales”.

Don Enrique Chicote recuerda a este buen hombre en su botica de la calle de la Luna, bajito, calvo, con espesas patillas negras que todos los días montaba a caballo para lucirse en la Castellana seguido de un criado negro y una multitud de chicos que gritaban:

—¡Viva el Dr. Garrido!...

Y cuando volvía a su casa les repartía unos cuartos como pago de aquellas ovaciones.

Allá por los años 70-80 era un tipo popular en Madrid y para atraer clientes se valía de propagandas extravagantes:

Dr. Garrido. A los forasteros

*Comer, beber y dormir,
gozar, bailar y disfrutar,
esto es la vida, señor,
que os debo recomendar.
Por la mañana de compras
por la tarde a San Isidro
si toros hay, a la plaza,
y de noche al “Barberillo”.
Otro día a la Comedia
uno al teatro Español
No olvidándose de Adedrius
porque allí os reiréis mejor.
Si luego fuéseis enfermo,
plétora de diversión,*

*yo os curaré a todos juntos
por diez cuartos o un doblón.
Y buenos de nuevo ya,
otra vez a la pelea,
quien tenga penas que sienta,
así cantan en mi aldea.
Si alguno quiere un folleto,
escrito por mí llevarse,
que lo compre en los cafés,
librerías u otra parte.
Dos reales mejor gastados
en vida nunca podréis,
si alguien dice lo contrario,
no será a mí ¡Luna seis!*

Así andaban las propagandas comerciales a finales del siglo pasado, que no se diferenciaban mucho de los relatos del crimen de Cuenca del célebre Luis Esteso, que fue aquí dependiente de tejidos en la Lonja de Los Guapos.

IV

Don Mariano, que venía sediento, pasó de los calomelanos y el jarabe de tolú al torrente de los laboratorios y de las boticas abarrotadas y se atiborró de las propagandas. No creo que ningún otro médico haya leído más que él de eso, por lo que hay que considerarle el más influyente en la orientación de los médicos jóvenes de su tiempo que le admiraban esa documentación tanto como se la criticaban los viejos que, sin embargo, repetían sus fórmulas indefinidamente con la solemnidad de una consagración, porque cuando Manzanegue se desprendía de una receta la ungía con su ademán y aunque fuera el mismo benzoato, era otra muy distinta su encomienda y su transcendencia con las 30 gotas de láudano incorporadas o aquel cocimiento de zarzaparrilla intercalado.

Su llegada coincidió con la declinación del equipo médico fuerte de Alcázar que lo formaron D. Manuel Manzanegue, D. Magdaleno y D. Rafael Bonardell, sobre todo, con D. Enrique, D. Gonzalo, D. Román y D. José Belmonte.

El médico del campo que lucha con la enfermedad y con la escasez de medios para combatirla, cabalgando con sus cuatro instrumentos elementales y su poca botica en el bolsillo, se fue convirtiendo en el médico de la ciudad, sin dejar nunca el campo donde por fin murió y bien seguro que recordando a su padre y lo inexorable de la vida para recordarte hasta el fin lo erróneo de tus juicios y lo equivocado de tus proceder creyéndote a salvo de las flaquezas comunes para no trocar la severidad por la indulgencia.

Pero el ejemplo de D. Mariano no era el de las modas terapéuticas, que sería como la historia de todas las ilusiones marchitas, el ejemplo era el de su integridad, el de su comedimiento, el de su prudencia, dentro de la firme estabilidad que da el conocimiento y la experiencia acrecentada cada día con el trabajo permanente.

En general el médico habla mucho consigo mismo, como decía Antonio Machado, que tenía ese mismo aire:

“Converso con el hombre que siempre va conmigo.
Quien habla solo espera hablar con Dios un día.
Mi soliloquio es plática con este buen amigo,
que me enseñó el secreto de la filantropía”.

Pero a D. Mariano, sus gordos lentes le daban un aspecto de mayor concentración y como abstraído de lo de alrededor.

Venía de Marañón y se ponía a ver enfermos como si hubiera llegado al primer anejo de su demarcación, sin ser nunca segura su llegada, pero la gente le esperaba y volvía una y otra vez, acreditando su confianza y en su momento fue el médico más buscado por los forasteros y casi el único, por salirse de la rutina tradicional.

De no haber tren, D. Mariano hubiera venido a caballo y de sombrero, con capote de monte, como caballero legendario, muy influido por la geografía que le formó, que no puede ser comprendida por la gente de la llanura donde los pobladores se concentran en grandes núcleos más o menos extensos y el campo se queda solitario, siendo raro que el médico se vea obligado a trasladarse a las quinterías y llegado el caso nunca falta el medio de que lo lleven y lo traigan.

Como médico rural verdadero fortalecía sus conocimientos en contacto con la naturaleza y con su profunda filosofía viendo al hombre en su aspecto integral, no dividido

en compartimentos y olvidando la unidad indivisible. Estos médicos consideraban al enfermo como suyo; tengo a fulano enfermo o un enfermo en tal parte y no puedo dejar de ir a verlo aunque caigan chuzos, como se tiene una viña en los Parrales y no se puede dejar de ir a cuidarla. El enfermo es suyo porque él lo ha penetrado y lo ha conquistado. Y el enfermo dice también que es su médico porque solo él ha dado con su realidad dolorosa.

V

Ahora daría gusto hablar con D. Mariano y yo es que hasta lo oigo, del amor a la medicina, del amor al trabajo que se realiza que es lo que vale, porque sin ese amor, todo trabajo es estéril.

D. Mariano pudo estarse en su finca, pero no, llegado el momento tomaba el camino acuciado por el deber y ese es el ejemplo que daba a los que se fijaban en lo de los específicos, que era, sin embargo, una parte de su obligación.

“El ejercicio de la medicina es una escuela de amor al prójimo, de acatamiento a las leyes naturales, de resignación ante el destino, de auxilio sin tasa al dolorido, de sacrificio sin gratitud y sin premio, de silencio y oscuridad en los triunfos, de sereno estoicismo ante la adversidad y la injusticia, de humildad y de modestia ante la fragilidad de nuestra vida. El hombre que ejerce la medicina debe desprenderse de toda vanidad y todo orgullo, porque los días y las horas que corren le enseñan que la existencia es una llama oscilante, un soplo vital efímero, una sombra que pasa ante la eternidad del universo”.

En general, este médico echa pocas cuentas con las ganancias y le serviría para poco echarlas, aunque nunca falta alguien “que trae como presente un corderillo tierno al hombro atravesado con las cuatro pezuñas juntas sobre el pecho como cuatro juguetes barnizados”.

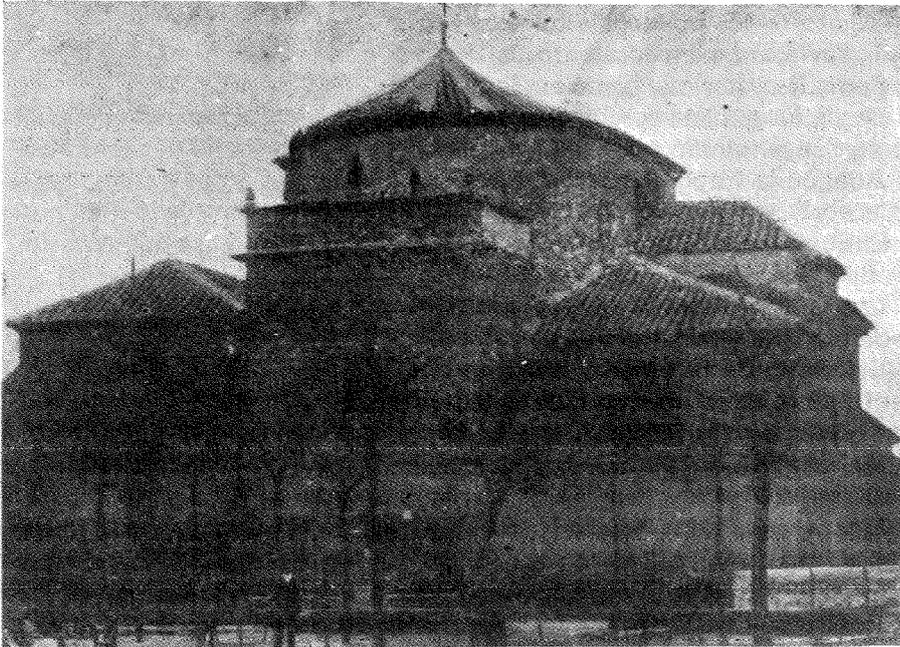
Esta es la vida regalada, el extraordinario epicureismo del médico rural que no es dueño de sus horas, de su sueño, de su tranquilidad, de su existencia. Pertenece a todos sus enfermos pero no se pertenece a sí mismo.



La torre de Santa María

En el libro 50 se publicó una fotografía de Santa María tomada desde la acera de enfrente del tío Bernardo Campo, aproximadamente, más abajo del estanco.

Ahora publicamos otra mucho más antigua que se insertó en el SIGLO XX de Quintanar de la Orden del año 1905. En ambas, la fachada principal de la iglesia está lateralizada, está a un lado, mirando a la plaza de Palacio, desde donde el público entraba de frente, pero al perderse esta relación frontal con la fortaleza por los progresivos hundimientos, fue utilizando o sirviéndose del templo, yendo a él desde el núcleo principal de la población que le obligaba a entrar en él por un lado, el de la placeta.



Por otra parte se sabe por tradición oral que se hundió la torre de Santa María y si se hundió es que existía, pero ¿dónde pudo estar?

Las fotografías éstas nos lo dicen con seguridad: la torre estaba donde ahora la sacristía o, mejor dicho, la sacristía está en la torre y al hundirse, dejó al aire el tejado de la pared del Presbiterio, obligando a recoger las aguas de lluvia con esa obra que se ve a modo de balaustrada con pilarotes, pero con un tejado central de forma piramidal que vierte por debajo de la pareteja a los tejados inferiores.

Consultado el caso con el maestro albañil don Miguel Muñoz, encuentra lógica la interpretación y asegura, además, que en el interior hay una escale-

rilla muy estrecha que no podía tener más servicio que el de subir a la torre, luego la torre y el campanario estaban a este lado de la iglesia y seguro que en un análisis más profundo, la obra misma lo dirá todavía.

No se ha tenido hasta ahora ninguna noticia clara y concreta, gráfica o descriptiva, de la torre de Santa María.

La imagen reproducida aquí, parecida a la publicada en el libro anterior, pero tomada desde la placeta, ofrece la particularidad del postizo o agregado a espaldas del tejado del Presbiterio que hace pensar fuera ese el punto de implantación de la torre, pues la iglesia daba a la plaza de Palacio y no a la placeta, lugar secundario, como es corriente en las iglesias, tener a un lado la torre e instalación del campanario. La iglesia estaba por dentro de la muralla, en la fortaleza, amparada por la muralla y sirviéndole de refugio, pues en el espesor de la muralla es donde están hechas las casas a derecha e izquierda como se ve en la de Marcos con el cubillo.

Y la torre ¿como sería la torre de Santa María?

Todavía, un examen atento de la obra residual, perspicaz, amoroso y vital, podía decirnos casi como era la torre.

Desde luego nada descomunal pero sí algo saliente y separada de la iglesia puesto que se hundió y fue la única parte que se desprendió del conjunto.

Aunque la fotografía está oscura, se ven bastantes árboles en esa parte de la placeta y un hombre no labriego, seco, con paraguas plegado, que pudiera ser Enrique Cebailla que por entonces hacía sus jarabes para refrescos en una casa de la placeta.

Las demás personas que se aprecian no me atrevo a conjeturar quienes puedan ser.

El estado de la obra es bastante nuevo y permite pensar que el hundimiento de la torre no se pierde en la noche de los tiempos, sino que sería reciente, y en ambas fotografías es perceptible el tejalllo con que cubrieron el muñón dejado por la torre, tejalllo que ampararon con una paireta para protegerlo mejor.

Es una pena pero Alcázar todo lo arregla de la misma manera, lo tira, lo entierra y lo olvida, que es lo peor.

No se siente identificado con su historia y deja que se pierdan las raíces. La propia calle de Santa María, tan característica ayer, es hoy un muestrario de azulejos valencianos y no hay casa en todos los alrededores de la iglesia que no la ofenda con sus colorines y sus gestos provocativos.

Después de impreso lo anterior, me llega un rumor de los que curiosoean por la imprenta, diciendo que la torre estaba en el otro extremo de la iglesia, por donde la pila bautismal y que existe allí la escalera en un espacio cerrado con puerta desde muchos años.

Conforme, pero no será tan difícil abrir y comprobarlo y si con eso se aclara todo, puede darse por bien empleada la nota que precede, siempre que no se olvide otra vez ni se deje sin completar el conocimiento.

Engranajes alcazareños por el ferrocarril



I
Grande alegría me ha dado ver esta fotografía de Rafael Blanco y la Florentina Carabaño a los que conocí desde pequeño y que son para mí un símbolo de la vida del barrio en que me crié. Lo son así mismo del engranaje logrado entre el forasterismo y el lugar y la trabazón de las familias que dió lugar a una sociedad nueva o diferente.

Rafael era hijo y creo que el menor y el único varón, de Domingo Blanco Sar, gallego que con otros hermanos, dos o tres, vino a estas tierras en los primeros tiempos del ferrocarril alcanzando el grado de maquinista, aún muriendo joven por una lesión cardíaca que padecía y se puso de manifiesto en unos baños y no en el trabajo rudo que desempeñaba, aunque el hecho de ir a tomar baños calientes quiere decir que le atormentaban los dolores y que la lesión por ellos producida la tenía desde la infancia.

El gallego emigrante tiene una psicología especial y un sentimiento tan profundo y fiel a su tierra, que es el origen de la "saudade" y de la "morriña" que los acompaña hasta la muerte a veces. Se casan allí, pero se dejan a la mujer trabajando y ellos se marchan a las más lejanas tierras donde les pueda cundir mejor el caudal. Pero Domingo no, Domingo se casó aquí y se engarzó en una extensa familia dando lugar a otra no menor, dedicada en su mayor parte a los trabajos del tren.

II

La Florentina era una real moza con arreglo al modelo de belleza de aquel tiempo, una gran manzana, carnosa, reluciente y colorada, de abundante zumo. Con el fondo gredoso de las vegas del Gigüela, le brotaba un rubio turbio y un mirar inquieto de azulencos ojos, porque era una villafranquera total. El peinado con amplia corona de crepé le favorece por disimular su ancha frente. El vestido de moiré y la manga de jamón, dan realce y amplitud a la figura espléndida de la Florentina. Rafael era un hombre más bien abatido, de escasa vitalidad, de voz cascada y ronqueraja permanente que presagiaba un corto recorrido de su tren, como aconteció. Excelente persona y buen fogonero pero que se le resistía el repecho del desmonte de Piédrola.

No tuvieron hijos y la Florentina gastó su brillante viudedad en criar a las sobrinas que le dejó su hermano Julián que se acortó su vida con el mucho pensar en la muerte de su hijo mayor que llegó a desenterrar, según decían, por la ansiedad de verlo, mas aunque no lo hiciera, es lo cierto que en cuanto dejaba la máquina ya estaba sobre la sepultura con la fidelidad del perro ante la cuna vacía del niño al que amó en vida.

III

Fue mujer del tío Domingo Blanco la moza mayor de una familia numerosa: Micaela Delgado Barrios y vivieron siempre en la calle del Moral en la esquina opuesta a la del Cristo Zalameda originando una gran familia ferroviaria.

Micaela tenía de hermanos a la Benigna, que se casó con un francés de los primeros treneros, padre de Julio y Félix Conscience y de Enrique que se pasó la vida en América, donde falleció. Esta Benigna era la abuela de la Beni recientemente fallecida y por la cual llevaba ese nombre. Tuvo un estanco en la calle de la Estación, casi en la esquina de la calle Ancha y el estar ahí dice bastante acerca de las funciones que tenía esta calle.

Escolástica era otra hermana de Micaela que vivía en la calle Torres y fue madre de la Escolástica que se casó con el mayor de los Matas -José- y de Pablillo Delgado que se casó en la misma calle con una de Mínguez el colchonero, hermana de Polonio, el cura y se murieron en la misma calle.

Carmen que se casó con Miguel Raboso el carpintero de la calle de la Feria.

Saturnina y Filomena fueron las monjas confiteras de que se dió amplia información en el libro 12 al que remitimos porque tiene interés en relación con la iniciación de las tortas de Alcázar.

Y por último Domingo que se casó con otra Benigna, la hermana de Marcelo Ortega de la calle de San Francisco junto a Eduardo el Pití. De la personalidad de esta Benigna nos da idea que no tuvo hijos y que las casas del paseo y las de la calle de la Estación llevaron siempre su nombre, las casas de la Benigna, una de las cuales fue adquirida por Julio Conscience y la ocupó hasta su muerte la Beni, hija única de Julio.

Todas las mujeres éstas con las que emparentó Blanco tuvieron una gran significación en Alcázar, pero él era de Galicia como se ha dicho antes, natural de Santiago de Cereijo, feligresía en el Ayuntamiento de Vimianzo, provincia de la Coruña, Partido Judicial de Corcubión. Vimianzo es uno de los ocho ayuntamientos que forman el Partido de Corcubión y de ese Ayuntamiento de Vimianzo, es una feligresía o parroquia, Santiago de Cereijo.

El Ayuntamiento de Vimianzo tiene unas mil almas y alrededor de 30.000 todo el Partido Judicial de Corcubión.

IV

Con la cesta negra de asas largas, la chaqueta azul, los pantalones de pana negra, las botas de becerro y la gorrilla de paño con bisera agachadiza, les ví muchas veces hablando en la portálla.

El pueblo ha cambiado tanto que ya no se distinguen los ruidos ni los silencios. No hay chicos que jueguen ni novios que hablen, dos momentos inefables de la vida que no tienen comparación con ningunos otros.

Los fogoneros, más o menos vanidosos pero mucho siempre, avisaban su llegada o

su salida a las novias con los pitidos de las máquinas, de modulaciones convenidas y ellas estaban al acecho para verlos de cruzar o salirles al encuentro. ¡Qué momentos!. Todo ha cambiado su sonoridad y nadie sería capaz de distinguir los ruidos de la siesta de los de la madrugada o los del atardecer y los que hace cada vecino según la hora y sus menesteres.

El turbión de la vida hizo brotar aquel cantar que decía:

“Alcázar ya no es Alcázar
que es un segundo Madrid,
¿Quién ha visto por Alcázar
pasar el ferrocarril?”

Deberá cambiarse por otro parecido:

Alcázar ya no es Alcázar
y Madrid ya no es Madrid.
Pues entonces ¿qué nos pasa
o qué es lo que queda aquí?.

Teresa Arias Blanco, descendiente de esta gran familia, nos ha ayudado a reconstruirla y fijarla en los anales alcazareños, por lo que le debemos gratitud, como a María Justo por la magnífica fotografía de la Florentina, de tan grata memoria.

SUCEDIDOS

Recordados por Francisco López García, antiguo colaborador del Ferrocarril y muy conocedor del entronque Alcázar-Madrid.

Entre ellos nos cuenta alguna cosilla importante que suele escapar a la observación de los que no se fijan, como la agudeza de los analfabetos, al referirnos que la Antonia de Zarco, que no sabía de cuentas, se ajustaba al céntimo y al minuto lo que le importaban las uvas. El caso de la Antonia se podría, y se puede multiplicar por mil en toda la comarca, pues los analfabetos que no distinguen de letra inglesa o gótica, de la letra menuda suelen saber más que nadie, como los chicos del Porcarizo que son más listos que el hambre y cualquiera lo puede comprobar en lo que queda de aquellos que no saben el sistema métrico pero cuentan con los dedos con una precisión y una prontitud admirables. La necesidad y el hábito les dan recursos para todo y por lo general con más agudeza que al leído, a veces aún coincidiendo con la idiotez, que es el caso peor, ser ignorante y además tonto.

A muchos parece que con la enseñanza embutida se les obstruyen los sentidos y seguro que la Antonia que tanto conocía y estimé, se daba cuenta, pues antes que los corredores acabaran de medir ya tenía ajustado de cabeza el resultado de la bodeguilla y Manuel tan conforme y tan rebién amparado.

A una de la Carrasola se le murió una chica muy espabilada y una del entierro le preguntó de qué se había muerto.

—Pues ná, hija, que no alcanzaba a la cazuela.

LA PLAZA Y SU NOMBRE



¿Qué plaza es ésta?

He aquí una vista de la plaza, la media plaza occidental en que la dividía el Ayuntamiento, conocida con el nombre de plaza de la fuente.

Merece conservarse por verse todo bien, como no se ha visto después. Es el momento de la desaparición de los soportales de la Gorgusa, sustituidos por las casas de Juanillo Junquillo, Casimiro Campo y Vicente Climent. La casa siguiente es la de Frasco que ya estaba y servía de tope a la mencionada galería de la que se ha hablado bastante en esta obra. Se conserva intacta la esquina de don Juanito, aunque ya está hecha la casa de don Marto que tapa con su opulencia las antiguas más modestas.

Santa Quiteria está íntegra y visible precisamente aunque ya inclinada, la parte que se hundió. Se ven a continuación de ella, por el boquete, las casas de Macosas y de Andrés Cárdenas.

Los mocetes de baberos blancos son los aprendices de las barberías de Máximo, de Camilo y de Orosio y me quiere parecer que Pareja está entre ellos, hacia la puerta de Frasco, pero no he podido comprobarlo con los asesoramientos familiares. Puede ser o no ser, pero así se ponía la gorrilla sobre la vista para protegerla del sol, porque serían sobre las once cuando los retrataron como se deduce de las sombras, y así cogía el pito y se metía la mano en los pantalones.

Sobre la nomenclatura callejera que tanto se ha comentado, hay un detalle que llama mucho la atención y que data del triunfo de la GLORIOSA o revolución que precedió a la primera República. Me lo hace recordar lo mucho que se habla de la Constitución actual.

De aquella época quedan en Alcázar varias calles aunque más numerosas en el barrio de aquí arriba, la de la Victoria, la del Barco, Progreso, la de la Marina, Moral, etc., productos del sentir republicano alcazareño, como Méndez Núñez, Ramón Chies, etc.

Ahora que tantas vueltas se le da a la Constitución y con perceptible inseguridad o dudas íntimas, no he visto que nadie recuerde que durante muchos años, la mayoría de las plazas españolas, y por descontado la de Alcázar, se llamaron de la Constitución y cuando se hablaba de las plazas de una ciudad y surgían dudas, no faltaba quien aclarara que se trataba de la principal, de la mayor, la de la Constitución.

La gente se había acostumbrado a eso y lo seguía tal vez sin la menor idea de su significado porque para la mayoría la plaza lo era sin apelativos, la plaza donde se compra y se vende y se sabe lo que anda, la plaza, plaza, la que no necesita aclaraciones y se le dice la Mayor o de la Constitución porque es la ley de todos y para todos como las leyes propias del mercado que no necesitan imposiciones sino que la abundancia abarata el producto y la escasez lo encarece y no hay más tío pásame usted el río y que la calidad se revaloriza sola.

Arrollado aquello por el vendaval de la guerra, se podrá o nó volver a consignar el nombre de la Constitución, pero siendo el código de todos, el eje alrededor del cual gira la rueda de los caballitos, lo que no se podrá hacer es ponerlo a un lado ni llevarlo a las afueras como la plaza de los toros, para abrirla cuando convenga y que no estorbe el resto del tiempo, eso no, porque las Constituciones son para tenerlas siempre a la mano y acomodar a ellas nuestras vidas y debe de estar en la plaza como el cuarto del peso o el fiel contraste.

SUCEDIDOS

Había un vecino que le gustaba jugar a las cartas. Se iba a media tarde y volvía a las tres de la mañana y le decía la mujer:

— ¡Vaya hombre qué horas traes!

Y le contestaba, no te quejes que yo sé de algunos que después de cenar salen un rato y yo ahora ceno y me acuesto.

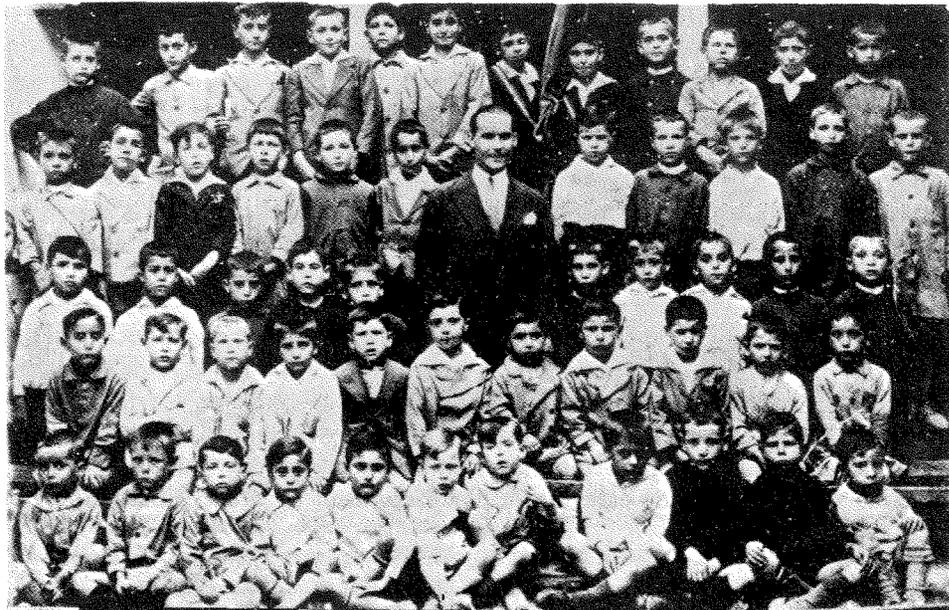
En una de las trifulcas de Heliodoro y Sergio quiso mediar un amigo y le contestó:

— Mi hermano y yo es imposible que nos llevemos bien porque yo soy la tésis y él es la antitésis.

Escuelas de aficionados

Alguna vez hemos hecho alusión a la variedad de escuelas que ha tenido Alcázar, como consecuencia de no ser suficientes ni bien estimadas las de carácter oficial y que por serlo se consideraban peor atendidas a diferencia de las particulares cuyos encargados estaban todo el tiempo pendientes de su trabajo y hacían de aprender a los chicos.

El propio Sr. Bernardo, el Cardaor, modelo de orden y de rigor era uno de ellos, tal vez el primero y el que hizo crecer la afición con su ejemplo y enseñando a sus ayudantes, como Engalgaliebres, el Sr. Ignacio o Jesús Ba-



rrilero y otros que se independizaron y pusieron escuela en cuanto se sintieron capacitados. De todos hemos hablado muchas veces porque lo merecen. El Cojito era otro que hasta presumía de más distinguido o señorito, pero menos eficaz, porque este terreno requiere asperidad. El poner escuela era una dedicación de elección libre y muchas veces la consecuencia de una frustración en otras ocupaciones como pasó con don Demetrio y con Manuel Cencerrado cuyas escuelas figuran hoy en estas páginas por derecho propio sin que importe que hayan sido aludidas en otros trabajos, porque ello permitirá que nuestros sucesores aprecien no solo como eran las escuelas sino la evolución de los propios maestros o personas que sin título oficial tuvieron esa inclinación o la vieron como recurso de vida y con la precisión de trabajar acabaron por adquirir un hábito muy eficaz y dejaron un excelente re-

cuerto de su labor que no la olvidan sus contemporáneos.

Manuel Cencerrado fue seminarista y al abandonar la carrera vió en la escuela su probable ocupación y se instaló en un local de la plaza del Progreso, en la casa que hace esquina a la calle de los Muertos, que siempre tenía alguna zapatería o carpintería en sus locales. El vivía en la calle de San Antón, con Braulio Gascón, el albañil, que estaba casado con una hermana suya y no perdió nunca el aire de seminarista, su pronunciación bisbi-seada a la que contribuía su afición a tocar la flauta y su celibato. Ni la tenacidad para sostener su crédito profesional y formar poco a poco un grupo de muchachos como el que figura en esta fotografía. A los chicos los "soltaba" en la placeta porque las madres decían que los mandaban por si aprendían algo, pero sobre todo para que estuvieran "sujetos" y que no anduvieran por las calles hechos unos "méndigos".

Debemos este recuerdo y fotografía a Argelio Pérez Vaquero, el hijo de Pedro Castillo y la Antonia la Repretá de inolvidable recuerdo.

Figuran en esta fotografía, buscada y aportada por Argelio con aquel interés que distinguía a su padre, de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila.—José Sánchez, Roberto Giménez, Rafael Mazuecos, Ventura Vaquero, José Manzanera, Roberto Mazuecos, Julián Arias, Esteban Hernández, Sixto Escribano, Tomás Bonis, Alfonso Ros, Dioscórides Atienza.

Segunda fila.—Juan de Dios Ortega S. Mateos, Sebastián Logroño, José Serrano, Ocón, Plácido, Argelio Pérez, don Manuel Cencerrado, Adolfo Puebla, Tajuelo, Bernardo Villajos, Lorenzo Santiago, Francisco Camacho.

Tercera fila.—Hijo de un revisor, Giménez, otro hijo del Cuco, Ricardo (barbero del Paseo), Luis Sánchez, Saturnino Ortega, Luis Escobar, Nepol Romero, hermano de Sixto Escribano, el siguiente no se recuerda.

Cuarta fila (sentados).—El primero no se recuerda, Manuel Pérez, Mateo Ros, Antonio Villajos, Manolo Paniagua (Josito), Félix Rubio Córdoba, Antonio Rubio Córdoba, Paco Rubio Córdoba, Julio Pérez, el siguiente no se recuerda, Coralio (cabrero).

Quinta fila (sentados).—Eugenio Camacho, hermano de Juan de Dios Ortega, el siguiente no se recuerda, Serapio Martínez, Eladio Sierra, Francisco Pérez, José A. López, hijo de Muñoz el Carpintero de la calle P. Lizcano, Eduardo (primo del anterior), Jacinto (sobrino de Veneno) y el hermano del anterior.

SUCEDIDO

Otro del Tomelloso se subió al tranvía y en las curvas que había entre Santa Isabel y la estación perdía el equilibrio y se daba con las barras de la barandilla.

El cobrador que lo ve le coge las manos y se las sujeta a uno de los barrotes, diciéndole, así, sujete usted así.

Al cabo de un par de horas, dice el hombre:

— ¡Oiga usted!, hermano, ponga usted a otro que yo ya me quiero apear.

La Escuela de D. Demetrio

Numerosas veces ha salido a relucir la escuela de don Demetrio —Demetrio García de la Torre—, nacido en Villacañas y fraile franciscano aquí muchos años en cuya escuela le tenemos publicado. Helo aquí de nuevo por el interés alcazareño de doña Mercedes González, chica del Paseo de toda la vida, que es lo suyo.

Don Demetrio era un cascarrabias con la actividad de una ardilla. Te-



nía la psicología de los menudos, inquieto, vibrante y resolutivo. Ni paraba él ni dejaba a nadie. Se lo hacía todo y lo mismo reparaba las mesas que repasaba las puertas si no cerraban y llevaba el colegio a punta de lanza. Ningún año faltaba la representación teatral en el amplio local del teatro Moderno que se abarrotaba de público ni la hoguera el día de la víspera de San José, patrón del colegio, y éstos que veis aquí formaron el equipo que actuó el año 1924. El colegio era solo de chicos pero en el teatro actuaban también chicas de sus amistades.

Como trabajaba tanto, todas las representaciones alcanzaban los éxitos más clamorosos y los actuantes recibían muchos regalos que repartían al día siguiente en el colegio con el natural regocijo.

Le ayudaba en sus funciones pedagógicas el señor Angel Pareja, guar-

dia retirado que daba clase a los pequeños. Entre todos organizaban la hoguera y le prendían al anochecer de la víspera de San José y al día siguiente la función de teatro, todo bajo la dirección del infatigable don Demetrio.

Gracias a las molestias que se han tomado la Mercedes, Manolo Comino, la María Gracia de Pirralda y otras muchas personas simpatizantes, se han podido identificar a los actores del referido año 1924, que son por su orden, de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila: Pilar Iñiguez, Eloísa Paniagua, Enrique Carrazoni, Escelio Comino Delgado, Pepe Sancho, Jesús Barrilero (Romanones), Manolo González Chaves, María Mazuecos Roperio, Ramona Izquierdo.

Segunda fila: Miguel Iñiguez, Manolo Comino, esta chica tan graciada y pulideja no sabe nadie quien es, pero a mí me parece haberla visto en la última casa junto a las barras, que era de un Zarco hermano de la Antonia que vivía en la casa anterior, María Gracia de Pirralda, Petra Barrilero (Romanona), Isidra Iñiguez, Antonio Castellanos (Castaña), Fernanda Moya, Carmen Jiménez, Carmen Cortés.

Tercera fila: Fernando Moya, un desconocido, Rosario Herreros, Barsenia Paniagua, Josefa Arias, Angel Herreros, Juliana Moya, Pepe Carrero.



Dicen que este es don Demetrio y no dudo que lo sea porque el hombre no para de evolucionar desde que nace ni completa su desarrollo hasta la vejez, por eso, a última hora, le encuentran los parecidos con sus antecesores, pero don Demetrio era mucho más pequeño, mucho más delgado y mucho menos solemne que este señor Cura tan peripuesto, aunque puede ser una de sus muchas travesuras de espíritu infantil. Vestido de fraile, sin gafas y sentado, era de la misma altura que los chicos de la fila de abajo, como puede verse en nuestro libro 41, pero la Colombia de Pepe Rubio, Julio Maroto y Emilio Paniagua, han votado a favor fijándose en el entrecejo y parecen tener razón pero queda por ver lo que diga la gente que es la que decide.

D.^a ANGELES LA DEL CORONEL

En el libro primero y apareados con los retratos de mi escuela hay dos de la labor de Doña Angeles, lo que evita decir el elevado concepto que me merecía.

Doña Angeles, además de recta, respetable y distinguida en alto grado, era muy competente maestra de labores y en su ámbito y fuera de él, parecía la verdadera coronela del regimiento, dentro de una amabilidad exquisita y una disciplina inquebrantable, lo que no tenían sus hermanos, sobre todo



Pepito —Pepito el del Coronel— chico de mi escuela y una balarrasa mientras vivió, que no fue mucho.

En este retrato que debemos a Luisa Toribio, hermana de Pepe y de Luis, de menos relieve que los primeros, hay sin embargo bastantes caras conocidas que se recuerdan con verdadero cariño, como la Francha, Elvira Merino (tía de Paco y de Hermógenes Saludador, chico de mi escuela), Rosario Correas, Carmina Alvarez Arenas, las de Manzaneque de la calle de la Feria, la otra Merina y la Sebastiana la Cantera.

Doña Angeles, cuyo detalle de quebranto era tener los ojos un poco tiernos por no circularle bien las lágrimas, pero el resto de sus rasgos se lo compensaban con creces; María Blanco y Sagrario Toribio Bellón, hermana de Jesús, Enriqueta y Concha Alvarez de Lara.

En la tercera fila, la de Cañizares, Concha y Mariana Palmero, la de la medalla es la hermana de Berbés.

Las pequeñas son Gregoria Saludador, Carolina Toribio, Inmaculada Toribio y otras no identificadas.

Los golfos del paseo... y las golfas

Como hace tantos años que no vivo la vida del paseo con la intensidad que la viví en mi infancia, no se si éstas palabras se siguen usando como antes, pero estoy en que no y no solo en Alcázar sino también en la gran urbe que era nuestro proveedor universal, para lo bueno y para lo malo. En todo caso hay que pensar que también la golferancia ha cambiado de vocabulario, de indumentaria y de hechuras, es decir de modos y maneras.

Sin solución de continuidad, yo viví la vida del paseo que recuerdo hasta en sus más mínimos detalles y la del barrio de Atocha de Madrid del cual era y es continuación, entendiendo por Atocha todo Lavapiés y las ramificaciones de la estación del Mediodía hacia Vallecas y a la ribera del Manzanares. El ambiente de aquel pequeño gran Madrid llegó a penetrarme de tal forma que me sorbía cuantas publicaciones llegaban a mí referentes a él, de todos los autores conocidos y de otros de menor nombradía que me emocionaban igual y he conservado con la esperanza de releerlos en momentos de decaimiento, como se oye una buena marcha militar estimulante cuando se va a la guerra.

Cuando la mayoría de los viajeros entraban y salían a pie en las estaciones o en coche de caballos a lo sumo y el baúl tenía que llevarlo un mozo de cuerda desde la casa al tren, había el gran impedimento de los fielatos de los consumos y se formaban aglomeraciones enormes a la llegada y a la salida de los trenes, aglomeraciones que persistían porque no era tan fácil ni tan rápido el desalojamiento y siempre quedaba un remanente de buscones que eran los llamados golfos, tipo especial de jovenzuelos o grandullones que vivían o hacían su vida alrededor de las estaciones de mucho tráfico como lo eran las de Madrid y Alcázar.

El género de vida de los golfos estaba compendiado en la de los perros que por analogía eran llamados de la misma manera, perrós golfos, que andaban de un lado para otro, comían lo que iban encontrando y dormían donde se les terciaba o encontraban un poco de abrigo, pues el pilluelo hacía igual, acudir a los desperdicios y acurrucarse en los quicios de las puertas, aunque en Alcázar disponían como si fueran suyas de las salas de espera de la estación con una comodidad increíble, pero el golfo no era un mendigo ni un delincuente ni un ocioso aunque sus cualidades participaran de las de todos estos, alimentándose de sobras de comidas y aprovechándose de todos los descuidos, como los gatos, sin que nadie lo tomara a mal y considerándolo natural. Es un tipo andrajoso, abandonado que careciendo de casa pulula por las calles en completa ociosidad y ejerciendo oficios de ínfima categoría y sin fijeza. Son elementos desprendidos de hogares donde crecieron en lamentable abandono y con una filosofía que es la negación de toda moral. Por lo menos en Alcázar así era y se ocupaban en llevar maletas o bultos de la estación, hacer recados o cualquier otro menester de poco esfuerzo, como el coger colillas para venderlas y tras de las colillas penetraban en los cafetines

donde se ponían en contacto con las golfas que los compadecían y ayudaban sin que en ningún caso fuera su chulo, que es una categoría distinta y una personalidad diferente aunque de parecida alcurnia.

Allí también entraba el perro con la misma necesidad y era recibido con idéntica cordialidad y hasta se echaban un sueño, el vagabundo reclinado sobre una mesa de mármol y el perro acurrucado en el suelo debajo de la misma mesa, ante las miradas compasivas de las camareras y de sus aburridos contertulios, desperrados, que mataban el tiempo haciendo solitarios hasta que el nuevo día les mandaba recoger y golfos y golfas y trapicheantes del juego, daban al paseo en los amaneceres y en la prima noche un aspecto poco diferente de las calles de la Esgrima, Encomienda y Alto de Embajadores, desde San Cayetano o más bien desde la casa de "EL CHICO DE LA BLUSA" (Vicente Pastor) hasta la otra acera de la Cabecera del Rastro, hacia las calles de las Maldonadas y de la Ruda, con el mismo bullicio pero de distinto tono que el de Antón Martín, por ejemplo.

La repulsa de Alcázar hacia la golferancia fue absoluta, como la prohibición a los jóvenes de subir al paseo en ningún momento.

Aquello era, en efecto, una invasión, pero como todas las invasiones, acabó por efectuar su colonización y subir todo el pueblo al paseo y lo del paseo a incrustarse en el pueblo sin distinguirse los mozárabes (españoles que vivieron entre los árabes conservando sus costumbres, idioma y religión) de los mudéjares o árabes que quisieron seguir habitando en las ciudades conquistadas y formaron las morerías. Y los muladíes, hijos de padre musulmán y madre cristiana o viceversa.

El tiempo lo arregló todo y la estación dejó de ser lo que era, un foco de importante vida, para convertirse en un lugar de paso de escasa vitalidad, casi despoblado para el caso.

Los quintos, que constituyeron en su tiempo la censura social de singular eficacia y prodigaron los cantares subidos de color, cantaban los domingos coplas como esta que me ha recordado Abel González.

Los árboles del paseo,
se están muriendo de risa,
de ver a las señoritas,
con sombrero y sin camisa.

SUCEDIDO

Muy de mañana, estaban en la Cruz Verde la cuadrilla de yeseros y esquiladores que solían juntarse esperando el sol naciente durante los temporales de meses que ahora no se ven nunca.

Acertó a pasar Pelecha con el carrillo y el arre matalón, que utilizaba ya en su época de prosperidad después de acomodarse en el molino, de donde bajaba, para ir a sacar basureros y al verlo, exclamó Atanasio:

—Mu trempano t'has vantao, Maximino, pa ir a la confituría.

Los evacuados

I

En lo poco que veo la televisión ha coincidido dos o tres veces con escenas de evacuación de las guerras actuales que me han hecho recordar las observadas en Alcázar al principio de nuestra guerra última. El principio de la guerra fue el de mayor trasiego de gentes en el pueblo y el de mayores alteraciones sociales y políticas con la ignorancia y los temores de todos los actuantes y tal vez el tiempo de mayor desorden, porque después, las exigencias de la misma guerra y sus zozobras, hicieron que la gente se sentara más y se condujera con más sosiego, pero al principio, cualquier rumor de movimiento de tropas producía las mayores inquietudes y tumultos. Entre estos figuraron los de la evacuación del frente de Andalucía al correrse la voz de que las fuerzas se aproximaban a Pozoblanco y se empezó a sentir la zozobra de que se acercaran a Marañón, cosa que no pasó, pero nos llegaron los primeros casos de paludismo después de mil años de no verse por Alcázar, a pesar de las lagunas y lagunillas y de las veguillas que nos rodean.

Una cosa notable es que durante la guerra se curaron solos todos los enfermos de estómago, a pesar de los nerviosismos y de las excitaciones a las que tanta influencia atribuyen los sabios en la etiología de la enfermedad ulcerosa.

Y otro fenómeno psíquico, fue el afán de santificarse al final, sin poderse ver a ninguna persona que no llevara cruces y calvarios colgados en su interior.

II

Y empezaron a llegar expediciones de evacuados. ¡Qué cuadros! Y eso que eran andaluces, lo que quiere decir personal muy cuidadoso, aún el más pobre y gente despierta, pero, claro, en esas circunstancias todo se arroja y queda anulada cualquiera buena condición.

Un buen día, con tiempo de vendimias y a la hora de hacer el ajo, quedó ocupado todo el casino y sus alrededores por una multitud de mujeres con niños y hombres viejos e infinidad de bultos de equipajes con lo recogido al salir corriendo y abandonar sus hogares a la ventura, todos sentados en el suelo de los salones y escaleras, con infinitos llantos y quejas en todos los tonos, imposibles de satisfacer.

Me hicieron ir por si necesitaban algo y no era poco lo que les hacía falta, pero no boticas ni recetas que nadie pedía.

El aspecto del paseo y el del casino era como la sala de espera de la estación en los días que se llenan los dos andenes esperando un cambio de tren, pero peor, con el nerviosismo de quien no espera ir a ninguna parte buena y solo añora su casa aunque sea para morir, sintiendo la hora que les obligaron a abandonarla.

Del casino fueron recogiendo gente en las casas desocupadas que no eran de las peores y estas familias, tan cuidadosas en sus pobrísimos hogares que con cuatro botes de tomate y un cubo de cal, tienen sus casas tan blancas y florecidas, tuvieron que meterse en las habitaciones más lujosas y ponerse a guisar en el suelo sin chimeneas para salir los humos y durante mucho tiempo, que lo dejaron todo negro y se crearon una fama injusta de personas abandonadas y harapientas, que era lo contrario de lo que les correspondía, pues otra masa humana de diferentes hábitos y costumbres, hubiera sido mucho peor, porque dentro de aquella promiscuidad y de una falta casi absoluta de recursos, se pudieron apreciar las buenas cualidades del personal andaluz, una vez pasados aquellos momentos primeros de confusión e incertidumbre en los que nadie sabía qué hacer con tanta gente ni como atender a su subsistencia. El paseo parecía haber recobrado su antiguo esplendor, de superabundante población y ruido pero sin vitalidad, porque todas las caras reflejaban el hastío, la penuria y la tristeza, pendiente siempre de los rumores circulantes, comentados entre los viandantes. Se guisaba en el santo suelo, pero también se dormía en él y acompañados de otras personas desconocidas aunque fraternizadas por la desgracia y unidas por un sentimiento común de repulsa hacia las situaciones o disposiciones que les obligaban a permanecer acinados como la leña por tiempo indefinido, una familia en cada rincón y otras en medio de cada local.

Les era difícil a estas personas comunicarse con nadie ni dentro ni fuera de la localidad y se les veía indecisos, dando vueltas sin objeto por las esquinas de las calles céntricas.

Después se ha hablado mucho de las amarguras de los desterrados, pero el espectáculo de los evacuados es el más deprimente y angustioso que he conocido, incomprendidos por todo el mundo y sin poder ser atendidos por nadie.

De la observación de unos y otros se saca la consecuencia de que no es aconsejable el abandono de la casa propia por duras que sean las circunstancias. Bienvenida sea la muerte pero luchando, no como los conejos perseguidos por los perros.

III

De otras guerras nuestras se saben cosas espeluznantes, de tanta crueldad como la de quitarse el engorro de transportar los heridos quitándoles la vida y para no gastar municiones pasarlos a cuchillo, haciendo igual con los prisioneros de uno y otro bando, porque ninguno daba cuartel, aún habiendo pactado el respeto a las vidas al acordar las rendiciones.

Periodiquillos de pueblo

Contribución a la historia de la prensa de la provincia de Ciudad Real, por Isidro Sánchez Sánchez y José María Barreda Fontes-Separata de los cuadernos de estudios manchegos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

I

Don Isidro Sánchez Sánchez, ilustre investigador toledano y Don José María Barreda Fontes, han hecho un primer trabajo de gran utilidad para el conocimiento de las actividades periodísticas en nuestra provincia durante el período que realmente se desarrollaron estos trabajos que es desde el primer tercio del siglo XIX hasta la última guerra civil española, aumentando el número de publicaciones y mejorando su calidad y eficacia según avanza el tiempo en ese periodo.

Viéndolos en columna sorprende el número de publicaciones que se cuentan por centenares, pero remontándonos de lo conocido a lo desconocido, vemos que no es tanto su valor y que con un cribado sencillo quedarían reducidos a muy pocos los que han tenido importancia y han dado lugar a una obra positiva.

Los autores reconocen que de muchos periódicos se ha publicado un número o dos y yo digo que si se publicaron más, ninguno pasó de los períodos electorales que los motivaran y en cualquiera de los pueblos que aparecen con docenas de títulos se pueden dejar en la tercera parte como mucho y los demás no solo no figuran en los archivos, sino que no los recuerda nadie ni sirvieron para maldita la cosa. No puede considerarse eso como prensa ciudarrealense sino como panfletos electorales de los que nadie hace caso aunque llevaran un encabezamiento periodístico.

El nacimiento de los boletines municipales, después de la guerra y sobre todo su generalización, demuestra la necesidad de comunicación de los Ayuntamientos que se ahogan en la oscuridad y en el silencio, sin contrastar debidamente su actuación con la opinión pública.

Las mismas causas dieron lugar al aburrido monólogo de los programas de festejos, cada pueblo con el suyo, pero todos cortados por el mismo patrón e idéntica finalidad de ponerse ante las cámaras fotográficas.

A los recopiladores de la historia periodística manchega hay que pedirles un estudio de ésta que pudiéramos llamar prensa oficial de La Mancha que hay que suponer bien guardada por sus propios autores y que constituirá una documentación única para el conocimiento de nuestro gobierno en ese tiempo que pasa ya del medio siglo y ha determinado cambios increíbles en la vida de la comunidad y seguramente no deseados por quienes han tenido que amoldarse a ellos.

Hay que anotar en estas actuaciones la total ausencia de la juventud

que antes estaba siempre en primera línea o más bien era la única actuante, disculpada graciosamente de sus ligerezas e imprevisiones. Desde la guerra está agazapada como si no sintiera la menor inquietud ni preocupación alguna por el buen desenvolvimiento de la vida en general.

Algún veterano que otro hacen discretas incursiones por el campo de los conocimientos recientes y pare usted de contar.

II

Aunque la tinta de imprenta haya corrido continuamente por Alcázar, hay que considerar dos momentos principales, el de LA ILUSTRACION MANCHEGA a principios del siglo y el de CRISPIN por los años veinte. Entre ambos está la labor periodística más densa y continuada y la realización de las obras a que se consagró: aguas potables, alcantarillado, escuelas, casino, austeridad de costumbres y honestidad política. De aquel fondo salió EL DESPERTAR para una labor puramente informativa ya que los resabios y deformaciones que siempre deja la vida no permitían a su dirección tener aspiraciones de otra clase.

La pandilla de Rosendo Navarro y Clemente Cruzado, el hijo de Plinio el sastre, nieto de Pilez el maquinista, es distinta de la de Angel Soubriet y Ricardo Lizcano, oficiales de telégrafos el uno y de correos el otro, aunque parece su continuación, como Emilio Paniagua se encajó perfectamente en TIERRA MANCHEGA viniendo LA HOJA PARLANTE. Y Arturo Castellanos se quedó en el aire y descontento de todo, de ahí sus diferentes publicaciones que, sin embargo, no logran plasmar una doctrina propia y clara, ni en EL HIDALGO, de vida efímera, ni en CRISPIN de aires románticos ni en TIERRA MANCHEGA de espíritu conciliador y reformista, verdadera encarnación del espíritu alcazareño. Y surge su LETRA, letra de la imprenta que tiene su historia pero que no logra hacernos comprender ni su motivo ni su doctrina y más bien parecía no tenerlos, pero los orígenes estaban en los recuerdos de LA ILUSTRACION MANCHEGA, obra de Antonio Castellanos, tío y padrastro de Arturo y aficionado al canto con aptitudes de tenor, con Julio Lescorbours, y Gaspar Santos, ambos vinculados a la fonda de la estación, tan influyente en su tiempo en la vida local y sembradora de las costumbres francesas como fue la propia revista creada por ellos.

Los periódicos en general y los nuestros particularmente, llevan en su nombre una indicación concreta de sus fines y de las motivaciones que les dieron origen a las cuales se mantienen fieles durante su existencia, fidelidad que casi siempre les costó la vida.

La ilustración francesa que vino a ser la ilustración manchega, surgió de la fonda de la estación como las modas de París. El ambiente de la fonda donde tanto se holgaban los alcazareños distinguidos era puramente francés, de los primeros franceses que vinieron con el ferrocarril y buena prueba es que a la fonda se le llamaba "el buffet" y de él salió Pecker, francés, para poner la fonda francesa en el paseo y de aquella fonda salió también la boda fastuosa de Gaspar Santos que tenemos publicada. Todos nos relacionamos

mucho con los Murillos, que eran bastantes, desde la escuela y Alcázar se benefició mucho de su trabajo como del tren.

Por los números que recuerdo y por sus ilustraciones del tipo de La Moda de París o el Mundo Elegante debió ser revista de poca duración por lo costosa, dado el estado de la economía en aquel tiempo y el elevado porcentaje de analfabetismo. Gaspar, con sus quevedos de oro, conservó toda su vida el aire canovista que le distinguía y la elegancia gala que, aunque tembloroso y lento, resaltaba su rubicunda faz lampiña a lo Don Cristino Martos.

En mis trabajos sobre Alcázar he recordado muchas veces a Gaspar porque me consta que además de LA ILUSTRACION MANCHEGA guardaba todo lo que había circulado impreso por Alcázar, aunque fuera un prospecto de los títeres, detalle propio de su alcazareñismo y de su espíritu metódico y exacto. Sé que lo hacía pero no he podido ver tan magnífico arsenal de recuerdos y conocimientos ni sé que de alguna manera se haya aprovechado.

III

CRISPIN; Surgió en el extremo distal de la afición como otra cumbre de la faceta periodística, representa el espíritu literario más importante realizado en Alcázar hasta la guerra y encarnó sobre todo, el espíritu del Cristo Villajos que era el perol donde se hacía el batido de Alcázar con todo lo que subía de la plaza y lo que bajaba de la estación, más lo aportado por el aire de las bocacalles.

El espíritu mosquiteril de Rosendo y Clemente, la cultura de Pepe López y su rectitud de ponderado señorío, el ingenio punzante y bonachón de la sombrerería de Molina y sus incalculables contertulios, los Pantoja de la cárcel, los Ayusos del cine y cuantos en Alcázar con mayor o menor entusiasmo sentían el deseo de elevación y mejoramiento, dieron lugar al nacimiento de CRISPIN, cuyo solo nombre dice cuanto debe de la ironía benaventina y bastó el impulso de Quincito y su arte de escultor escayolista en su rincón de las musarañas para que el parto tuviera lugar.

El entusiasmo de la mocedad redoblado con la continuación del periódico, dió lugar al nacimiento de la revista HORIZONTES, ilustrada por el propio Rosendo con aquellas planchas de madera con originales figuras barrocas. Se publicaron de esta revista de modelo apaisado como una media docena de números, con una novela corta original en cada uno y otras noticias de información de arte sin mezclarse con menudencias comunes.

CRISPIN y las crispinadas de Rosendo tenían en movimiento permanente a la juventud femenina.

Aunque todos los periódicos alcazareños hayan sido obra de la juventud, ninguno tan representativo como el literario CRISPIN, simbolizado en la cara de pájaro cantor de Quincito el de la rifa.

Ahora no está el horno para bollos. No existe la democracia de la que tanto se habla ni se semeja a la antigua de la que nadie hablaba nunca y se practicaba siempre, pero el crear publicaciones de aquel estilo donde se prac-

tiquen las buenas normas sin hablar de ellas y se dé ejemplo de ciudadanía y honesta convivencia, sería un buen principio para reanudar la tarea interrumpida por la lucha de fieras y el mejor modo de completar su formación los jóvenes para lograr una buena obra de maduración, sin irse de la lengua con tanta facilidad ni encrespase sin causa que lo justifique.

IV

Aunque no fuera trascendente, era CRISPIN la manifestación artístico-literaria más importante que se había dado en Alcázar con la cual está en deuda la juventud que ha de enlazar con el futuro, pues ya va siendo hora de levantar la cabeza y apartar la vista de los materialismos, separando el pensamiento de los mendrugos que se deben dar por descontados.

Pudieron los de la ILUSTRACION hacer esa obra y continuarla pero la intervención de la política con sus rencillas habituales lo estropeó y surgieron diversas agrupaciones de aficionados al teatro, a la música y a los periódicos que figuran casi totalmente en esta obra, movimiento intelectual bastante satisfactorio alentado y sostenido por la lectura de la prensa de Madrid.

Lo de la "Ilustración" no se logró.

Lo de CRISPIN avanzó pero no llegó. Se está en el caso de un tercer intento y que a la tercera vaya la vencida.

El PRETIL que ya existe y muy bien ataviado como órgano del colegio, está obligado a no aletargarse tanto y a ser el periódico literario que necesita Alcázar, apartado de la política al uso tanto como sea posible y difundiendo enseñanzas a los cuatro vientos.

V

No se adelanta nada con hablar de lo que no se conoce por lo cual sería una ligereza meternos a juzgar lo que no se ha visto pero en cambio es siempre útil aportar algún juicio o experiencia que tenga fundamento y entre lo poco que se sabe de los periódicos de los pueblos más o menos distantes del de uno, creo que EL OBRERO de Tomelloso, creador del ferrocarril con una tenacidad inigualable es de los de máxima categoría, superior a TIERRA MANCHEGA por más de un concepto.

Como el trabajo que se comenta incluye las revistas profesionales, hay que señalar la omisión de la Sanidad Manchega, publicada en Santa Cruz de Mudela por Gómez-Fresno (creo que Manuel) como órgano de la Federación Sanitaria del distrito de Valdepeñas.

El boletín que citan del Sanatorio Quirúrgico de Almagro, tal vez fuera el hecho por D. Huberto Domínguez, aquel médico rechoncho y calvo, más sordo que una tapia y de un aplomo incommovible, que entusiasmaba a los auditorios con su facundia y su gracejo, como si les hablara desde un mundo de fantasía.

VI

Agradecemos a estos historiadores su magnífica aportación que tantas cosas nos recuerdan de una época espléndida y esperemos que la completen con estudios que permitan a nuestros sucesores conocer los acontecimientos de un tiempo feliz.

VII

Después de compuesto en la imprenta el trabajo anterior he tenido la gran alegría de recibir el primer número de LA CUNA DE CERVANTES, por conducto de Angel Palmero, guardado por su cuñada Vivi y que se publicó el día primero de Enero de 1905 imprimiéndolo en Campo de Criptana.

El periódico o revista literaria creado por la juventud alcazareña se publicaba los días quince y treinta de cada mes, lo dirigía José María Huertas y lo administraba Cornejo, el hijo de un sombrerero que había en la Castelar, vendiéndose a cinco céntimos el ejemplar y por suscripción 35 céntimos al trimestre, cuatro páginas algo mayores que las del ABC.

Que emoción de ver esto y de ver, como me lo parece, a José María con su madre, ya fallecido su padre. Esta mujer tenía formas muy delicadas y creo que es la generadora de las cualidades de la familia, muy saludable, de piel muy fina y lisa, más bien baja que alta y vestida de negro, pelo canoso con moñete, y no bien de dentadura que le sumía la boca rosácea.

Todo lo del periódico me trae los mejores recuerdos, hasta los anuncios.

Este ejemplar tiene sobre el título una dirección escrita a lápiz. D. Francisco, dice y entre paréntesis, el esterero y aparte, Huertas. Que estilo tan alcazareño y que claridad para el que lo entiende. Se trata de Francisco Oliver, el esterero de la calle de las Huertas y sin decir lo de el esterero, nadie lo comprendería tan bien. Era valenciano y muy filarmónico, con las aficiones de su tierra. El padre, gordo y grande, era muy bizco y parecía un apóstol entre los rollos de estera de la tienda. La primera página está redactada por José María que era Huerta pero se le llamaba Huertas y se le sigue llamando. Le sigue Ricardo Lizcano y Cornejo con el pseudónimo Flogocor (Florencio G. Cornejo) que lo dedica a la cabalgata de Antonio Murat.

Les siguen las quejas de amor que siempre movieron las plumas juveniles aunque en este caso también con firmas femeninas y los anuncios de los que solo comentaremos los más constantes para que se vean las diferencias.

La misma madre de José María pone un anuncio con el título de relojería universal, anunciando gran surtido de relojes de todas clases, instalaciones de timbres, teléfonos y pararrayos. Máquinas de coser, de escribir y bicicletas. Relojes de torre, de conventos y de granja.

FIJARSE BIEN-CASTELAR 27.

El hijo de Gaspar Martínez Palomar es el Angel, al que tan sentidos recuerdos tenemos dedicados y dedicaremos. Gaspar, padre de las Gasparas, tenía la tienda por donde Pepe Almendros, que creo fue yerno suyo o algo así

y el Angel puso en LA CUNA su surtido de pasamanería, paquetería, puntillas, quincallas y novedades.

Pedro Escudero, Castelar, 34, decía: Casa exclusiva en tiras bordadas recibidas directamente de Suiza, así. Y agregaba: *especialidad en aceites andaluces y garbanzos de Castilla.*

Y el sombrerero Cornejo, Castelar 24, decía: Se hacen sombreros de todas clases, a la medida y a gusto del consumidor. Especialidad en los de sacerdote. *Se limpian y reforman con perfección los usados. Gran surtido en gorras de todas clases a precios módicos.*

Se ve que ya en aquel tiempo eran famosos y sabían lo que se hacían estos hombres.

Esto de LA CUNA, encarnación plena de lo alcazareño, vino a enlazar por brote subterráneo o raíz que aflora por la casa contigua y se robustece en el propio terreno virgen, originándose TIERRA MANCHEGA, ampliada y mejorada pero engendrada con el mismo espíritu alcazareño, la misma altura de miras, el mismo afán de corrección, la misma ponderación para guardar la urbanidad y hacer guardar las formas educativas y la defensa a ultranza de todo interés local, aquel gran espíritu que está soterrado y es extraño que no brote para sostener la personalidad alcazareña, sin duda conmocionada y cohibida por la gran convulsión de la guerra y los extraños aires que asolaron el terreno.

☆☆☆☆☆☆☆☆

PRENSA LOCAL

!
A las notas publicadas sobre nuestros periodiquillos hasta el libro 51 inclusive, podemos agregar algunas otras de la misma procedencia que las últimas, los descendientes de José María Huerta y especialmente de su hija Vivi y de su yerno Angel Palmero Ugena, que han avivado mis recuerdos con varios números más de LA CUNA DE CERVANTES y otros cuantos de la ILUSTRACION MANCHEGA, más algunos de Quintanar y otros de Pueblo Nuevo del Terrible, todos llenos de interés y de recuerdos emocionantes de un tiempo alrededor de 1905, cuando organizó su célebre cabalgata Antonio Murat.

Se comentó últimamente el número primero de LA CUNA DE CERVANTES y tenemos ahora hasta el número 16. De la ILUSTRACION MANCHEGA hay hasta 8 números saltados, entre los que figuran los números 2 y 48, del 1 de Septiembre de 1903 y de Junio de 1907, lo que nos da

idea aproximada de su duración. De LA CUNA hay trece ejemplares, llegando con el número 16 hasta el 1 de Agosto de 1905.

Es suficiente para que nos demos idea de la importancia de ambas publicaciones y su mérito y para que refresquemos episodios anecdóticos conocidos y olvidados y los rasgos característicos del ambiente de la Villa en la primera década del siglo que camina hacia su fin.

Hay la suerte de que entre estos periódicos propios figuren otros de fuera que nos permiten contrastar las diferencias.

En casi todos ellos podemos aportar nuestro recuerdo y nuestro parecer para que les sirva a otros observadores posteriores que no hayan conocido nada de esto ni de oídas.

La ILUSTRACION MANCHEGA, cuya fama no se ha extinguido todavía y aflora de cuando en cuando, se llamaba así por que solía publicar fotografías intercaladas en el texto en algunos de sus números, que siguen teniendo interés. La propia revista dice en su portada las condiciones de la publicación. "Esta revista, dice, verá por ahora la luz pública el día último de cada mes. Su precio es de 3 pesetas al año".

Y no valía más, echándole el resto como lo hacían los Maestrines. A real el número y con regalo, con ocho páginas de texto en tamaño de folio grande y la cubierta de color donde se publicaban los anuncios por dentro y en la parte posterior. Tienen un gran interés los anuncios por representar el bullir de la población y los recursos dentro de la actividad de cada cual.

Las carpetas para encuadernar la ilustración, en tela, se vendían en la imprenta a peseta.

Los anuncios de este número 2 son sorprendentes. El primero es de don Oliverio como agente de una compañía de seguros para toda la provincia y liquidaciones rápidas sin intervención de Inspectores ni Peritos, habiendo pagado cifras fabulosas y dos millones en el último año.

Aparece Rafael Ballester con sus azulejos que todavía habrá algunos en su casa primera de la calle del cuartel, 9. Y Francisco Marchante con sus maderas en la calle de la Independencia, 6. Fernando Gude y hermano, constructor de calzado y depósito de cortes y artículos de zapatería.

Son admirables estos anunciantes, porque lo eran ellos personalmente y Gude puso aquello del cristal de la zapatería del Altozano, 2:

"Fernando Gude y hermano, hemos acordao, a partir de esta fecha, no dar fiao".

Don Angel Jiménez Perucho (el de la Cera) anuncia su fábrica de velas al vapor, como los calomelanos, de todos los tamaños, clases y colores.

Cebailla anuncia sus jarabes para refrescos.

Julián Arias Morano sus aguardientes y sobre todo el Anís Bartolo que lo manda a todas partes.

Gregorio Villaescusa anuncia sus vinos con una cuba grande. Manuel Feito —el intrépido Feito— sus mármoles y decorados en yeso.

Cuántas y qué cosas que se recuerdan de estas personas, incomprensibles sin haberlas conocido.

Ante estas publicaciones antiguas se hace más perceptible el descuido que siempre ha tenido el Ayuntamiento para todo lo que no sea recaudar fondos y aumentar los impuestos. Estoy seguro que no hay ninguna colección de las publicaciones fenecidas, con lo instructivas que podían resultar y lo que contribuirían al conocimiento de la vida local y de su historia.

La vida pueblerina ha sido siempre tan elemental que no ha podido pasar se de buscar el mendrugo y abrigarse, pues los particulares tampoco han superado la desatención del Ayuntamiento y dudo mucho que haya alguno que pase de tener números sueltos de cosas que le hayan interesado por algo, como pasa con estos de José María Huerta. Puede que antes hubiera más documentos guardados en las casas como se considera probable habiendo conocido a ciertas personas, pero el temor a las persecuciones crueles de la guerra, indujo a las gentes a destruir hasta los papeles más inocentes por miedo a despertar sospechas. Siempre la persecución, el castigo y el expolio, ¿Quién habrá ideado ese sistema de administración, cuando lo que hace falta es ayudar, proteger para crear riquezas y que crezca la prosperidad?. Nos ayuntamos para ayudarnos, no para dificultarnos y anularnos, porque para eso bueno se estaría cada cual en su quintería.

II

EL NUMERO 2 DE LA CUNA del 15-1-1905

Contiene patentes muestras de simpatía a la juventud alcazareña por la creación del periódico y no faltan lirismos de ambos sexos en este número, aparte de los cuales y con relación a las noticias y anuncios del número primero, hay una novedad importante que supuso una revolución de las costumbres lugareñas, debida al tren y al constante ir y venir de los alcazareños; aparece la carnicería de SEGURITA, Antonio Segura, en la calle de Castelar, 24, por orilla de donde estaban las máquinas Singer. Las reses enteras colgadas en las puertas y las grandes piernas de las vacas, infundían repugnancia a la gente hecha a los corderillos porque ni siquiera gorrinos se vendían en las carnicerías.

En este establecimiento montado a la altura de los mejores de su clase, encontrarán diariamente ternera fresca sin hueso a 2,50 kilo y con hueso a 1,75. Aseo y buen corte.

Joaquín Paniagua, el hombre de la Catalina la Mudilla de la calle Ancha, como Jefe de corredores fija los precios del mercado, entre los que figuran el vino blanco y tinto a 1,75 arroba; el queso fresco a 17 pesetas y el aceite andaluz a 11.

EL NUMERO 3 DE LA CUNA de 1 Febrero de 1905

El periodiquillo se muestra agradecido a la buena acogida que le ha dispensado el público y continua defendiendo el alcazareñismo de la Cuna de Cervantes, con la plausible insistencia que ha faltado después. Y aparece el primer artículo de don Leandro, Leandro Gómez Sobrino, al que conocí

a su llegada de Villafranca y no se apartó de las lides periodísticas hasta su muerte.

Las novedades de este número, aparte de la información del mercado dada por el padre de Cleto y que no difiere de la del número anterior, son el fallecimiento de la esposa de don Felipe Arroyo, doña Julia Alvarez de Lara y Añover y el accidente ocurrido en la fábrica del yeso del Pití del que resultó víctima Antonio Tejado al cogerle un volante. No hay alteraciones apreciables en los anuncios, tan dignos de consideración.

EL NUMERO 4 de 15 Febrero de 1905

En este número se continúa con más extensión la campaña cervantista y un anuncio curioso del campoamorino don Leandro, que había editado un librito de poesías y vendía a cincuenta céntimos en la imprenta o en su domicilio, Resa, 25.

EL NUMERO 5 de 1 Marzo de 1905

José María esgrime en este número la más afilada lanza quiijoteril en favor del Progreso.

La noticia más destacable de este número de la CUNA es la muerte del Cantero, el conocido maestro de la música, José María Sánchez-Mateos Marchante. Infortunado maestro le llama el periódico, pero no lo fue tanto y en las páginas de los libros alcazareños hay pruebas de que fue un Cantero a toda ley y se divirtió cuanto pudo.

Notable compositor y persona querida, eso sí, como todos los Canteros y la gente llorosa le acompañó en el entierro escuchando la marcha fúnebre que él mismo se había compuesto. El año antes se había estrenado en el teatro de la Plaza con gran emoción del público espectador, su obra lírica "el amor de padre o el mártir de su deber".

EL NUMERO 6 de 15 Marzo de 1905

Se mantiene el periódico a su mediana altura sin novedades ni desniveles.

EL NUMERO 7 de 1 de Abril de 1905

LA CUNA se va sintiendo más literaria. Se habla de un homenaje a Echeagaray y se inician los preparativos del centenario de Don Quijote, apareciendo la imagen de Juan Leal, gran muñidor de todos los tiempos y de todas las causas, que informa de una suscripción para atender a los gastos que originan los viajes a distintos pueblos, en busca de antecedentes para el esclarecimiento de la verdadera cuna del autor del Quijote, con la siguiente relación:

INGRESOS

Ayuntamiento de Alcázar de San Juan	200 ptas.
Don Joaquín Alvarez	100 ptas.
López Ortiz y hermanos	50 ptas.
Don Luis Espadero	25 ptas.
Don Marto Espadero	25 ptas.
Don Miguel Henríquez de Luna	25 ptas.
Don Alvaro González	25 ptas.
Don Federico Álvarez	40 ptas.
Sr. Conde de las Cabezuelas	25 ptas.
Don Gaspar Santos	50 ptas.
<hr/>	
TOTAL	465 ptas.

GASTOS

Viaje a Villafranca	16,40 ptas.
Viaje a Consuegra	73,00 ptas.
Viaje a Ciudad Real	29,30 ptas.
Viaje a Madrid	120,00 ptas.
Viaje a Valladolid y Simancas	130,00 ptas.
Billete Kilométrico de Tercera Clase	112,10 ptas.
<hr/>	
TOTAL	480,70 ptas.

Esta era nuestra pobreza que no la disminuía el valor del dinero.

La suscripción quedó abierta en casa de Eusebio Monreal (El Gordillo) Toledo, 2 y los casinos Principal y Republicano.

Un detalle de relieve en la vida de sociedad alcazareña es que unos días antes se había pedido la mano de Consuelo Fernández Pintado, hija única de nuestro Forense D. Gonzalo, para Antonio Castellanos Alvarez, (Pucheritos).

NUMERO 8 de 15 Abril de 1905

En este número se prodiga la filosofía barata y la literatura de cordel sin mayor transcendencia, pero Pepe Castellanos le lanza un reto nada menos que a don Marcelino Menéndez y Pelayo que debió tener pocas consecuencias sobre la verdadera CUNA.

Aparece en este número el anuncio de los célebres polvos Cooper recomendados por Real Orden para la cura radical de la sarna o roña en el ganado lanar y cabrío representados por Pedro Huertas, el popularísimo Cojo de la Carne que no se "hinchó" como esperaba porque no era tanta la necesidad de los polvos.

NUMERO 9 de 1 Mayo de 1905.

Con el fallecimiento de Patrocinio Huerta Olmedo, el hermano de José María que le hizo dejar la dirección del periódico y cambió el rumbo de todas las cosas, pues los sentires de entonces eran de tal importancia que una desgracia de éstas suponía la anulación de una familia y la de los Huertas cambió radicalmente.

La primera página de este ejemplar estuvo ocupada por la esquela de Patrocinio y el resto del espacio por las notas necrológicas que le dedicaron los amigos y colaboradores del periódico.

NUMEROS 10 y 11 de 18 Mayo de 1905.

Con el centenario del Quijote en Alcázar aparece el periódico en pleno carácter con un artístico dibujo por encabezamiento que representa la sierra con los molinos de viento y el caballero que se aparta del camino, lanza en ristre a todo correr para acometer al primer gigante que se le pone más próximo. Resalta mucho con este dibujo el espíritu del periódico.

Hay que señalar que este número ya se imprimió en Alcázar, cosa que daría una gran tranquilidad a la imprenta de La Ilustración y también que los números dedicados al Quijote resultaron desiguales y de mucho más valor el de la Cuna que el de La Ilustración.

De su primera página tomamos el Programa de Festejos que merece conservarse:

"Día 13, a las siete de la tarde dió principio al Programa la banda de Campo de Criptana, que dirige Don Bernardo Gómez, saludando, al pueblo con un bonito pasodoble. Las comisiones esperaban en el Cristo Villajos acompañándola hasta la casa Ayuntamiento, seguidas de numeroso público que tributó a la banda multitud de aplausos.

A las nueve de la noche velada musical por la referida banda que ejecutó brillantes y escogidas piezas de su vasto repertorio.

Día 14 a las cinco de la mañana Gran Diana por las bandas de Criptana y Alcázar y disparo de cohetes.

A las nueve salió la procesión cívica de la Casa Consistorial, yendo en primer término cuatro heraldos portadores de bandera y tres estandartes representando uno el retrato de Cervantes, otro el escudo de Cervantes y otro el de esta ciudad siguiendo las bandas de música, detrás los individuos del comercio luciendo un precioso estandarte de rico raso con el siguiente lema "Unión Comercial". A estos seguían las autoridades civiles, militares y religiosas, la comisión de festejos, así como representantes de la prensa local, de la de Madrid y de la provincia, recorriendo las calles de Castelar, Marina, Resa, plaza de Cervantes, calle de San Juan, a la parroquia de Santa María que estaba lujosamente decorada, dando principio a las diez y media una solemnísimas función religiosa oficiada a gran orquesta, ocupando la segrada cátedra el eminente orador Sr. Carrillo, director del colegio de Daimiel,

pronunciando un elocuente discurso relativo a las glorias españolas de los siglos XV y XVI entre las que contaba y ensalzaba las de nuestro inmortal paisano Miguel de Cervantes Saavedra.

Terminada la ceremonia religiosa se procedió al acto de descubrir la lápida que en la capilla donde fue bautizado Cervantes se ha colocado con la siguiente inscripción "Aquí fue bautizado Miguel de Cervantes Saavedra, el día 9 de Noviembre de 1558. Alcázar en el III centenario del Quijote MCMV".

A las cuatro de la tarde la cabalgata. Esta partió de la plaza de la Constitución en la forma siguiente: Cuatro heraldos, dos caballeros de punta en blanco, Don Quijote, Sancho Panza, Dulcinea y Maritornes. Pajes llevando del diestro a los caballos, una artística carroza sobre la que iba un tomo figurado del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha de tamaño colosal, en cuya primera página aparecía la ilustración de una de las aventuras del famoso caballero; al libro rodeaban seis elegantes pajes.

Tras de la carroza iban en correcta formación, más de cuarenta aldeanos de ambos sexos, vestidos a la usanza de aquella época. Seguían las bandas de música, autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Comisión de festejos, representantes de la prensa, comisión comercial con su estandarte, Comisión del Círculo Republicano Local con su riquísima bandera de seda bordada. Detrás y en apretada masa seguían más de siete mil personas.

Toda la carrera estaba engalanada, rivalizando en lujo y buen gusto, destacándose la plaza de Cervantes, donde existe la casa en que nació el inmortal autor del Quijote.

El pedestal de Cervantes habiéndolo revestido con follaje y flores naturales y artística iluminación.

A las ocho de la noche se quemaron vistosos fuegos artificiales elevándose globos. La plaza estaba en completa animación y amenizaban el acto las bandas de música.

Día 15 a las diez de la mañana se procedió al reparto de medallas conmemorativas a todos los niños de las escuelas públicas.

Durante el reparto de medallas que se prolongó hasta las doce, la música de esta ciudad ejecutó varias piezas. El aspecto que ofrecía la plaza era brillante en extremo, dejando grabado en el alma el recuerdo de tan simpático acto que finalizó con un himno a Cervantes, cantado por niños de ambos sexos, que fueron frenéticamente aplaudidos por cuantos los escucharon.

A las cuatro de la tarde distribución de bonos a los pobres con fondos de la comisión de festejos, al mismo tiempo que en la plaza de Santa Quiteria corríanse artísticas cucañas.

A las nueve de la noche retreta por la banda municipal que ejecutó varias piezas de su repertorio en la plaza de Cervantes, siendo los músicos muy agasajados por los vecinos de aquel barrio.

A la misma hora tuvo lugar la velada literaria en el teatro del Casino ocupando el patio de butacas lo más selecto de esta ciudad. Todo el teatro estaba engalanado artísticamente, ocupando preferente lugar un hermoso

medallón con un relieve en bronce, de Cervantes.

A los dos lados del escenario habían colocado dos pabellones con el escudo de los Cervantes y un trofeo alegórico.

De frente un lienzo pintado por Murat con un busto de Cervantes y a los lados los escudos de las órdenes militares y en los laterales artísticos pabellones y por todas partes guirnalda y ramos de flores naturales. El aspecto del teatro era brillantísimo, habiendo quedado muchas familias sin poder asistir por insuficiencia del local.

Dió principio la velada con una brillante sinfonía por la aplaudida orquesta "La Cervantina" que tan acertadamente dirigía don José Belmonte, que al terminar recibió las más entusiastas ovaciones de la concurrencia. Acto continuo se procedió a la lectura del hermosísimo discurso del Director de LA ILUSTRACION MANCHEGA don Antonio Castellanos al que tributó el público sus justos y merecidos aplausos por tan delicada obra titulada "La verdadera cuna de Cervantes".

Representóse la obra EL LOCO DE LA GUARDILLA por distinguidos aficionados de la localidad que fueron muy aplaudidos.

La señorita De la Rosa y los señores don Angel Giménez Perucho, don José Castellanos, don Vicente G. Galiana y don José Bermejo, dieron lectura a *trabajos literarios*, siendo muy aplaudidos, especialmente el leído por el señor Galiana titulado "La patria de Cervantes" del inspirado poeta don Carlos Servert.

Después se leyeron dos expresivos telegramas de adhesión de Consuegra y Villafranca, dando fin a los trabajos leídos con una extensa carta de S. M. en la que felicitaba al pueblo de Alcázar y hacía votos porque los festejos superasen en entusiasmo a los del resto de España. Fue muy aplaudida.

Por último estreno del apropósito en un acto y en prosa original de don Julio L. Davant denominado "Cuestión resuelta", desempeñado por la señorita De la Rosa y los señores Galiana, Giménez, Nicolás Cenjor, Martínez, Bermejo, Castellanos (A) y Herrejón, siendo tan del agrado del público que hicieron salir varias veces al autor entre nutridos aplausos, finalizando tan magnífica velada con el apoteosis e Himno a Cervantes, letra de don Carlos Servert y música de don Bernardo Gómez".

Esta descripción la firma R, cuya inicial y sobre todo el estilo bisoño de la narración, quieren decir que es de Ricardo Lizcano a cuya memoria deben cargarse las glorias.

A continuación de esto aparece nuevamente el Chirolo (P. Luciano Menasalvas) con otra composición poética de mejor aire que la comentada en lugar aparte de este recuerdo histórico.

El resto de las páginas de este periódico está dedicado a la defensa de la Cuna, salvo las cuatro noticias habituales, como la de 49 nacimientos, 19 defunciones, 4 matrimonios y 2 nacidos muertos durante el mes de Abril.

Continúan incluyéndose escritos sobre Cervantes con algunos resentimientos y agravios que nunca faltan y noticias sin interés salvo la de haberse constituido una comisión para erigir un monumento a Cervantes y que se reunirá en el Casino que es el mar donde mueren todas las iniciativas. Y del monumento no se supo nada jamás, pero el número 13 continúa con la verdad de Cervantes y aparece Don Federico Gassola como director de la banda con una entrada triunfal y tocando sus partituras más recientes por el centro de la Villa hasta Santa María. No era fácil sin embargo dar de mano a la cuestión cervantina y en el número siguiente, el 14, se continúa derramando tinta en abundancia con excepción de las noticias, siendo la primera la de la muerte de don Juan Alvarez Guerra Castellanos, del que dice LA ILUSTRACION, que era un gran periodista y a la prensa dedicó los mejores años de su vida hasta que triunfante la revolución del 68 fue a Filipinas a desempeñar cargos elevados.

Se nombra nuevo Gobernador de la provincia y nuevo prelado de la diócesis. Y vino una vez más don Melquiades Alvarez a pasear a don Tomás Romero.

El número 15, ya en Agosto, sigue la verdad cervantina, que continúa en el número 16 que es el último que tenemos. Estos trabajos están llenos de ilusión pero son extensísimos y no hay quien los aguante.

El espíritu y la letra de la Cuna había de ser lo puro alcazareño, lo que expresara la juventud creadora de la Cuna personificada en José María Huerta, Cornejo y Ricardo Lizcano, rectores que alcanzan su mejor momento en TIERRA MANCHEGA donde se concentran con Ricardo Lizcano, Emilio Paniagua que representa el ala templada de LA HOJA PARLANTE, Pedro y Valentín Ballesteros que son el brote literario más ostensible de la estación y Angel Soubriet que aporta la historia pedagógica familiar, unidos todos por el broche común de la más generosa ilusión juvenil, que con el tiempo dió lugar al nacimiento del ramillete de publicaciones más espléndido que se recuerda.

Benigno Alaminos se intercaló entre las imprentas importantes de Alcázar como moderador de las tendencias más agresivas y se interpuso como aglutinante haciéndole de destacar en el trabajo y en la ponderación, continuándose regularmente en la labor hasta el día mismo de instaurarse la dictadura del año 23.

Ricardo, oficial de Correos fue el más capaz y el más constante y estas aficiones periodísticas de la juventud le iniciaron en publicaciones profesionales que le permitieron vivir en Madrid una gran parte de su vida. Se hizo Abogado y aunque no lo ejercía le sirvió mucho para consolidar su situación con vistas a una editorial de importancia.

Con un aire familiar acentuado, Ricardo era hombre pausado pero constante, tenaz, como le era necesario para los asuntos que emprendió al alejarse de las tareas periodísticas locales que nunca olvidó, lo mismo que los Balles-

teros y Soubriet, pues todos acabaron ausentes de la localidad y con cargos de relieve en sus profesiones, sin dejar de evocar los episodios juveniles en cuantas ocasiones se les presentaban, ni de seguir con celo y simpatía todos los incidentes de la localidad.

III

LA ILUSTRACION MANCHEGA, es un manantial de información contemporánea que merece examinarse aunque sea superficialmente, como lo hacemos con los pocos números que nos han dejado.

En el número 2 correspondiente a Septiembre de 1903 que empieza el viaje de los informadores a Ruidera, hay un segundo trabajo titulado "Alcázar de San Juan" de Don Juan Alvarez Guerra, hijo, que nos da buena idea de su personalidad y de la nuestra. Es muy diferente de GUERRAS el empresario, el de las casas del paseo, de punta a punta, el de la carretera de su nombre, el de la estación, el de lo de Cervantes, el creador de riqueza, el donador alegre y acaudalado señor de Extremadura, don Juan Alvarez-Guerra y Peña, que son dos apellidos de firmeza. Del primero, del hijo, hay una fotografía en nuestro libro primero que acompaña a la bellísima leyenda alcazareña de "La Cruz del Fantasma", en la cual le vemos cubierto de grandes barbas apostólicas y blanquísimas. El padre era otra cosa como veremos en la fotografía que reproduciremos de LA ILUSTRACION: Era un hombre de acción pero el hijo nos recuerda en este trabajo varios nombres y cosas de su pueblo, que lo es Alcázar y conviene no olvidar por si cambiaran, porque son todos muy entrañables.

Este escrito de GUERRAS, hijo, titulado "Alcázar de San Juan", es de los mismos rasgos clásicos y románticos de "La Cruz del Fantasma", vocabulario selecto y adecuado y evocaciones cordiales. Debió ser un hombre encantador y cultísimo, poco conocido en Alcázar, lo contrario que su padre, como suele pasar, aunque yo tengo alguna remota referencia de quien le trató en la vejez, siendo presidente de la Tabacalera actual o de la de Filipinas.

Pero véase que evocación hace de su pueblo al empezar este trabajo:

"Pueblo querido" empieza diciendo, mi patria chica, venerado solar de mis primeros años, tranquilo asilo de mis últimos, cuna y sepulcro de muchos de los míos, recuerdo vivo de mi pasado: a tí te dedico estas líneas.

Tienes el nombre árabe y el apellido cristiano, eres a ratos descreído y a ratos creyente, suspicaz y socarrón... tienes la sobriedad del celtíbero de quienes procedes, la dureza de los romanos que sucedieron a aquellos, la rutinaria indiferencia de los árabes que por muchos siglos habitaron tus hogares. Apegado a tus tradiciones y costumbres, podrás experimentar tibiezas en la fe, pero no desmayos en el fervor votivo a San Antonio los que vivís en los altozanos de San Francisco; al Nazareno los que ocupáis los alrededores de la Trinidad, y a la Virgen del Rosario los que os agrupáis en la barriada de Santa María. Compartes con la creencia la superstición; dudas de la ciencia y afirmas los embustes de la saludadora, no niegas la posibilidad de los fantasmas ni la eficacia de los bebedizos y sortilegios...

La historia de Alcázar y de las villas que constituyeron su Bailía de San Juan, es inagotable. Las inacabables luchas de sus caballeros y priores, hermanas de las Calatraveñas, y las rivalidades de Consuegra, fueron tan tenaces como lo habían sido las sangrientas guerras celtíberas, cartaginesas, romanas y árabes.

En cuanto a la leyenda, al episodio, a la conseja y a la tradición, contiene este pueblo riquísimas fuentes de investigación...

El castillo con su intraducida escritura, enseña en su maciza fábrica la firma románica y en sus rasgados ojivales evocaciones de arábicas restauraciones...

Los derruidos cubiles, que rodeaban a Santa María, hoy iglesia católica, ayer sinagoga y luego mezquita, el camarín de la venerada Capitana y más lejos de allí el Sepulcro con sus conmovedoras remembranzas, el cerro de San Antón con la rigidez de sus ascetas; el de los condenados con sus páginas de sangre; el de la Horca con sus siniestros fantasmas, la casa del Preso, la Corrajeja de Poca Sangre, la Cruz del rematado, Carasardina, el carril de la Fraila, la Cruz Verde; el Cristo de Villajos, el Rollo, la Plaza de las Medallas, la Cruz del Fantasma, el Cocedero de los Frailes, el Chozo del Cuco; la Cueva del Santero; y tantos otros sitios que no recuerdo, atesoran inagotables narraciones que dejan adivinar la sola enunciación de sus nombres...

Cita a muchos de los alcazareños ilustres que menciona Hervás y entre los más recientes al latinista don Jesús Romero, llamándole mi maestro querido; al Padre Panadero, persuasivo diplomático, que por sus propios méritos ha llegado a la cumbre de la milicia de Cristo, cual le sucede en la de la patria a Manrique de Lara, mi inolvidable amigo, que de modesto voluntario ha subido al generalato, no habiendo en su pecho sitio para más cruces ni en su hoja de servicios espacio bastante para relatar sus hazañas en las maniguas cubanas; Santiago Millán que en dos décadas compartió con Buitrago, gloria de Herencia, el cetro de la enseñanza del cálculo. Tomás Tapia, el profundo filósofo, más que discípulo compañero de Sanz del Río, maestro de maestros; Lizcano, el laureado pintor, émulo de los grandes coloristas; Checa, el abogado del que aprendimos no poco los hoy ya viejos; Pedro Alvarez, procedente de la buena cepa de los incansables guerrilleros de la primera Guerra Civil, coetáneo de los Tapias, de los Espaderos y de los Olivares y de tantos otros que supieron tener a raya las bravas facciones comandadas por Palillos y Gómez; el comandante Juan Antonio Millán que murió con otros de los suyos gloriosamente en el repecho de la ermita de Quero el 3 de Julio de 1838; Prudencio Alvarez, probo magistrado de la Audiencia de Manila único Diputado que se le dió representación en Cortes por aquellas islas.

Miguel y Medio, cuyo solo nombre es recuerdo vivo de lo sangrienta y cruel que fue en esta comarca la Guerra Civil...

Y termina su hermoso trabajo diciendo: "Poco. Poquísimos hay impreso respecto de La Mancha. Juventud entusiasta e inteligente hay en ella. Palenque abierto a todas las energías es LA ILUSTRACION MANCHEGA; acu-

dan a ella y glorifiquen lo que está tan olvidado”.

Hermosa y certera invocación de don Juan Alvarez Guerra que no tuvo ninguna consecuencia por no ser las de la investigación las orientaciones de la revista ni ser suficiente un canto de sirena para despertar de su pereza a la población sobre que se desgranaba.

IV

Ahora, ochenta años después de haber publicado don Juan tan interesante trabajo, que nadie conoce en Alcázar, se han podido repetir reiteradamente las mismas invocaciones a la juventud que ha dispuesto de muchos más medios que en la de la época de Guerras, pero que no se sabe donde está metida ni lo que hace y hay que dar la razón al maestro Marañón cuando decía que no creía que se hubiera malogrado ningún genio por falta de medios, al contrario, se hace genial el que tiene que ingeniárselas para buscarse los medios.

GUERRAS

He aquí el nombre simplificado, apocopado y desfigurado con que nuestros labriegos señalaron siempre la ilustre personalidad de don Juan Alvarez-Guerra Peña y sus obras: las casas de Guerras, todas las del paseo de punta a punta; la carretera de Guerras, la que va al Cerro Mesao; la plaza de toros de Guerras y cuanto comprendía su gran hacienda.

Pero, ¿quién era Guerras y cómo era?

A las escasas noticias que hay diseminadas en las páginas de esta obra podemos agregar las consignadas en el número 11 de “La Ilustración Manchega” que debieron ser facilitadas por su propio hijo, don Juan Alvarez-Guerra Castellanos, ya que los editores tenían muy a gala decir que era su pariente y se mostraron esperanzados de que algún día fuera seleccionada la importante documentación de su padre para darla a conocer, cosa que no debió llevarse a cabo por equivocadas incomprendiones, perdiéndose con ello infinitas noticias de la historia moderna de Alcázar.

En este número 11 de LA ILUSTRACION, correspondiente al mes de Junio del año 1904, continua la campaña de Ruidera y nuevas contestaciones a la circular repartida por los impresores.

Hay la particularidad de las contestaciones de don Oliverio como presi-



dente del Casino, de don José Forner como presidente del círculo republicano y de don Felipe Arroyo como Alcalde de Alcázar, personalidades cuyas actuaciones interesa cotejar por el relieve que tuvieron y por lo poco que se recuerda de ellas, sobre todo de don Felipe, el que más se extiende en consideraciones en su contestación aunque bien es verdad que sin convincentes razones ni completa franqueza.

En este número hay una breve nota biográfica de GUERRAS —D. Juan Alvarez-Guerra y Peña—, el padre, que nació en Zafra, dice la revista, aunque sabíamos y teníamos dicho que era extremeño.

Compaginando el interés local con el comarcal, hay que decir que en el número 10 de la revista correspondiente a Mayo de 1904 figura la fotografía de don Manuel Fraile, el ilustre ingeniero albaceteño que transformó completamente la demarcación del Río Záncara y formó una colonia espléndida en la que murió en esa fecha.

Otra nota comarcal de ese número 10 lo es el santuario de las Virtudes en Santa Cruz de Mudela, que no se por qué atrajo siempre poco a los alcazareños.

Volviendo al número 11, de la revista y a Guerras que nació en Zafra efectivamente y en el seno de una familia acaudalada. Su padre levantó por su cuenta el regimiento de voluntarios de Zafra.

La junta que había asumido los poderes reales en Cádiz le mandó el título de Coronel y al frente de su tropa hizo toda la guerra de la Independencia. Reintegrado Fernando VII en el trono le confirmó el nombramiento dado por la junta, dándose el caso raro de nombrar coronel a un paisano.

Tuvo dos hermanos y los tres fueron guardias de Corps.

Una vez retirado y con objeto de recoger la cuantiosa fortuna de su tía doña María Antonia de la Maza, vino a La Mancha donde se casó con doña Bernarda, hija de don Juan Castellanos. De su matrimonio tuvo dos hijos, el mencionado don Juan y doña Antonia.

Creo que este don Juan Castellanos pueda ser el de la casa de la calle de San Francisco esquina a la calle Resa, donde estuvieron las monjas francesas, pues el sistema de construcción es como el de la casa de arriba de la calle Resa y como el Ayuntamiento y como era la casa de GUERRERO en Santa Quiteria que tiró don Oliverio. Fue comandante de armas en Lillo, batiendo con su gente no pocas veces a la facción, dice la revista y por tradición oral yo sé que estaba fuertemente afincado en Lillo.

Mientras vivió no hubo empresa ni proyecto beneficioso para Alcázar que no contara con su energía y con su dinero.

La carretera que lleva su nombre fue hecha para que pasaran por aquí las diligencias de Andalucía y la hizo a su costa.

Más adelante dió toda clase de facilidades a su amigo don José Salamanca para que se estableciera aquí el entronque de las líneas de Levante y del Sur y el terreno donde descansa la estación fue cedido gratuitamente para este fin.

Fue un gran amigo de don Juan Prim al que amparó valientemente en

épocas de persecución.

Igualmente fue amigo de todos los liberales eminentes de su tiempo.

La plaza principal de Zafra lleva el nombre de Alvarez Guerra.

La actuación política de don Juan fue muy preponderante en toda la comarca manchega y su tío del mismo nombre fue ministro de la Gobernación.

Parece ser que tanto él como su hermano don Andrés, de no menos romancesca historia, fueron enterrados en Alcázar y sentimos mucho no poder aportar más datos a estas biografías de tanta importancia local.

NUMERO 19, Febrero de 1905.

Sin acabar la polémica de Ruidera se entabla la de la Cuna de Cervantes, más enrevesada y difícil que la primera, porque Antonio Castellanos era un hombre naturalmente polémico y así se mantuvo toda su vida, con perjuicio de las campañas nobles que emprendía y éstas de los regadíos de Ruidera y de la Cuna de Cervantes, seguidas de fracasos, son modelo de su actuación y resultado.

Sería pródigo e inoportuno dar aquí cuenta de ninguna de ellas, removiendo a las más altas autoridades literarias e históricas, por lo que entresacaremos de estos números 19, 22 y 23 de la revista, las notas del vivir alcazareño que son su historia, dejando las discusiones para quienes gusten de las peleas de gallos que nada demuestran ni a nada conducen.

En las informaciones del mes de febrero hay dos noticias dignas de recuerdo, la petición de mano de la hija mayor de don Oliverio para don Aurelio Serrano y la muerte del Cantero —José María Sánchez-Mateos—, el maestro de la música.

Ya figuran bastantes notas de su vida en estas páginas pero la revista dice que en su tránsito por este mundo deja algunas manifestaciones de su existencia, pues entre varias obras musicales deja escritas una zarzuela y una salve que mereció aplausos del maestro Caballero.

Hay un cuentecillo sobre las gachas de Pepe Castellanos, el padre de Arturo, poco recordado por su temprana muerte. Y una composición poética del conocido escolapio Luciano Menasalvas, del que no sabía que hubiera tenido estas aficiones.

El número 22, de Mayo de 1905 es el del homenaje a Cervantes.

Huelgan los panegíricos y las censuras a este número de la revista que ahí queda aunque nada resolvió ni resolverá.

En la parte informativa aparece la carnicería de Frasco en competencia con la de Segurita. La salchichería, paquetería y coloniales de la viuda de Antonio Santos, la Candelas, madre de Ignacio, Sebastián y la Bonifacia, en la plaza, esquina a la Castelar, o sea donde puso Natalio la zapatería después.

La sastrería y pañería de Hijos de Juan José López Tapia, con viajeros que visitan todos los pueblos de la provincia y llevan los mejores surtidos para señoras, caballeros y niños.

Los ataúdes de Alfonso Cenjor en la calle de Torres, 1.

Hay una fotografía de la velada que se dedicó a Cervantes en el teatro de la plaza, con autores y actores alcazareños que resultó muy bien. La fotografía tampoco está mal aunque yo no haya podido identificar apenas a don Vicente Galiana y hubiera sido importante ver a Lescorboursa que está en el grupo y a don Angel el de la Cera (Jiménez Perucho), Antonio Castellanos y las mujeres que son cuatro.

Y se celebró la boda de don Aurelio, boda de rumbo, sobre todo por la fantasía del padre de la novia, aunque el novio tampoco estaba falto de presunción.

Tenemos otras bodas publicadas de las características del pueblo, pero ésta era, como se dice ahora, de ámbito nacional, con ramificaciones por todas partes y merece la pena conservarse ese recuerdo tan lisonjero para los estudiosos del porvenir.

Era corriente entonces que se publicaran las listas de los regalos de las bodas aristocráticas y uno de los motivos de mayor ostentación de las novias de alcurnia.

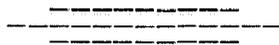
Los que se publicaron de la de doña Julia y don Aurelio fueron los siguientes, aunque la boda se celebró en la intimidad por el luto familiar.

“Edredón seda azul, don Joaquín García y señora, de Oviedo. Pila para agua bendita, don Andrés Correa y señora, de Alcázar. Otra pila, doña Antonia Cros, de Alcázar. Polvera de Cristal, Luisa Martínez, Alcázar. Reloj de comedor don Francisco García Ochando y señora, de Madrid. Jarrones de porcelana y niquel, don Antonio Serrano y señora, de Alcázar. Juego cervetero, Dieguito García-Baquero, de Alcázar. Vajilla filetes oro, don Fernando Martínez y señora, de Madrid. Centro cristal y niquel doña Antonia Cros, de Alcázar. Platos con bustos bronce, Luisa González Arias, de Alcázar. Lámpara de despacho don Alvaro González Mena, de Alcázar. Lámpara de comedor, don Ricardo Lanzarote, de Argamasilla de Alba. Juego de Cristal, don Carlos Lanzarote de Argamasilla. Centro de Cristal, don Leoncio Raboso, de Alcázar. Licorera de Cristal, Pedro Huertas, de Alcázar. Colcha brocatel, doña Emilia Lanzarote, de Argamasilla de Alba. Perchero nogal y bronce, don Francisco Lanzarote de Tomelloso. Mesa para Thé, Antonio Castellanos Alvarez, de Alcázar. Joyero modernista, Antonio y Gaspar Santos, de Alcázar. Centro de bronce, Enriqueta y Pilar G. Granda, de Oviedo. Jarrón antiguo, Fernando Ossorio, de Madrid. Jarrones Plata, don J. Llorente, de Madrid. Bustos orientales, Amparo y Carmen Fernández, de Alcázar.

Visillos seda, doña Aurora Aguilera, de Madrid. Lámpara para sala, don José de la Vente, de Oviedo. Sillas, Isabel Muñoz e Isidra Casero, de Alcázar. Juego de vinagreras de M. Escribano, de Alcázar. Cajas para pañuelos, Tomasa Barrios e hija. Juego de Thé de plata, Carmen Serrano Villarejo, de Alcázar. Juego bandejas de plata, doña Ramona Villarejo, de Alcázar. Cuchillos de postre, don Camilo González Meléndez, de Alcázar. Seis cubiertos de plata, doña Antonia Ramírez, de Tembleque y otros seis don Tomás Ramírez, de Tembleque. Dos cubiertos de plata don Tomás Lozano y señora, de Tem-

bleque. Servilleteros de plata don Manuel Lozano y señora, de Tembleque. Dos cubiertos de plata, don Luciano Llopis y señora, de Alcázar. Seis cubiertos de plata, don Joaquín Alvarez, de Alcázar. Dos cubiertos de plata, don Joaquín S. Cantalejo y señora, de Manzanares. Doce cucharitas café, don Andrés Pastor y señora, de Madrid. Trinchantes de plata dorada, doña Pilar Lara, de Consuegra. Servilleteros de plata, don Pedro Dumail, doña Carolina González, don Constantino Cordero y señora y don José Forner y señora, todos de Alcázar.

Petaca de plata cincelada, doña Carmen Alvarez, de Alcázar. Cerillero de plata, don Miguel Henríquez de Luna, de Alcázar. Reloj pisa papel, don Antonio Casas, de Alcázar. Sombrilla de encaje, Marqueses de Santa Ana, de Madrid. Estuche de aseo piel, don Marto Espadero, de Alcázar. Pañuelo encaje, Tasia Martínez, de Oviedo. Alfombras sala, tapete y pañuelo de encaje, don Jerónimo Martínez, de Oviedo. Cesto viaje, Pilar Collado, de Alcázar. Jarros de Cristal, Benigna Delgado, de Alcázar. Petaca enlace oro y abanico sándalo, Filomena Martínez, de Oviedo. Abanico nácar, Carmen Serrano, de Alcázar. Abanico hueso, Clara Massó, de Argamasilla. Tarjetero piel Antonio y Gaspar Santos de Alcázar. Ramos de flores, don José Bermejo, de Alcázar. Maceta de claveles, don Marcelo Encabo, de Alcázar. Bastón con incrustaciones de plata, Polonio Quintanilla, de Alcázar. Manta de viaje, doña Adelaida Lanzarote, de Alcázar. Caja de Jerez, Raúl Gómez, de Alcázar. 25 ptas., don Basilio Jiménez, otras 25, Serafín Quintanilla, 750 ptas., don Federico Alvarez y señora, de Madrid. 130, doña Dolores S. Cantalejo, de Manzanares. Pulsera oro y devocionario, doña Adelaida Lanzarote, de Alcázar. Mesa plancha, Josefa Collar. Caja de habanos, don Tomás Lara López.



Finalizada la campaña de Ruidera en forma que la propia revista dice al empezar su número 23, que es imposible fracaso mayor, surgió otra, la ley de alcoholes que fue durante mucho tiempo una cuestión batallona.

Entre la comidilla de este número está la muerte de Orsini, muy sentida por sus prendas personales; el cese de José María Gómez como inspector de policía; la muerte de una niña de Benigno Alaminos, oficial mayor de la imprenta y la incorporación de don Federico Gassola como director de la banda, recomendado por el maestro Chapí, cuyo acierto se vió pronto y la boda de Mercedes Esperón con Miguel Correa.

Los números 44 y 45 forman un solo ejemplar porque en sus páginas centrales va un gran dibujo del proyecto de fachada para el nuevo asilo, presentado por el arquitecto. Lleva por esta razón un pliego más pero su presentación es la ordinaria, si bien ofrece algunas novedades, como la nueva carnicería de Campayo, momento de concurrencia de las carnicerías de vaca, anuncios de gramófonos y de específicos contra todo mal que concedían su representación a cualquier farmacia de los pueblos y en esta revista hay uno

para el reuma, concedido a Domingo Andújar, Marina, 14. Se trata de una bebida que dice es mejor que los baños y unturas. Y unos polvos para el estómago que se venden en el mismo punto que la *Bebida López*. El número corresponde a los meses de Marzo y Abril de 1907 y en él se da la noticia del fallecimiento de Francisco Marchante, el de las maderas, que causó un gran sentimiento en la localidad.

Y otra muerte muy sentida también, la de Antolín Escribano, oficial mayor de la Notaria de don Oliverio.

Y otra noticia muy sorprendente e ignorada, que de Barcelona, donde se halla colocado en el hospital clínico de la Universidad, ha venido a pasar una temporada con su familia, don Antonio Castellanos, fundador y director de esta revista.

Sabíamos que había querido ser tenor, para lo que tenía aptitudes y constitución adecuada, pero lo de colocarse en el hospital es verdaderamente raro para él.

En este tiempo contrajo matrimonio Felipe Arroyo, el hijo, con doña Concha Vilaplana.

Y véase la importancia de las cosas.

Nos ha visitado, dice la revista, don Miguel Rovira que ha venido a esta ciudad para entregar a doña Aurea Arias, la cantidad de 120 pesetas que le han correspondido por muerte de su hija Elvira Samper, asegurada en la sociedad Mutual Franco Española.

Nació en esta época el Príncipe de Asturias, primogénito de don Alfonso XIII y vino a Alcázar don Melquiades Alvarez a agradecer las atenciones que se habían tenido con su representación.

Había pasado la ruidosa boda, publicada en los libros de Alcázar, de Gaspar Santos con Conchita Murillo y lucían en su domicilio las pinturas llevadas a cabo en sus salas por Antonio Murat.

Se recordará lo que llamó la atención en la boda de Gaspar, la hermosura de Angelita Santos, hija del comerciante de Infantes, don Julián. Pues bien en esta época pidió su mano Julio Lescorbourea Davant, de la familia de la fonda, muy metido en todas las empresas alcazareñas y que por entonces suprimió su primer apellido, tal vez por dificultades de pronunciación, pues era francés y lo escribió en abreviatura, Julio L. Davant.

La boda de la hermosa Angelina fue de lo más sonado en el blasonado pueblo de Infantes y la revista dedicó la debida atención a su constante colaborador, porque Julio Lescorbourea fue de los iniciadores de todo movimiento cultural. La madrina, hermana del novio, Teresa Murillo iba radiante de belleza, cubriendo su hermoso cuerpo con un traje confeccionado por uno de los más afamados modistos de París.

Los novios se fueron a París — ¡donde mejor! — y aquí se dejaron una larga lista de regalos.

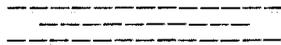
“De la novia al novio: un reloj de oro con cadena y lápiz del mismo metal y una pitillera y cerillero de plata. Un billete de mil pesetas de su hermana Teresa, un juego para café con bandeja de plata de don Blas Calvo y señora.

Un juego para café de metal cincelado de don Gaspar Santos y señora. Un servilletero de plata japonesa de don Francisco Fernández Moragas y señora. Una maleta neceser de don Ramón Murillo, una cesta para merienda de don Rafael Murillo; un juego de seis hueveras de plata con bandeja de don Ricardo Murillo; una preciosa figura para luz eléctrica de don Emilio Murillo. (Los cuatro hijos de la Fonda); un salero de cristal de Bohemia y plata vieja de don Julián López y señora; una lámpara de luz eléctrica para despacho de los camareros; un cervecero de don José Arias; una escribanía de don José y don Antonio Castellanos, una escribanía de don Francisco Martín; un vade de don Fernando Arias; una pitillera y cerillero de plata de don José Moreno; una cuchara para fresa de plata y oro de don León P. Aubey; un centro de porcelana con figura de bronce de don Julio Espinosa y señora; una licorera de cristal de Bohemia con montura de plata de don José Pecker y señora; una mesita para Thé de don Eduardo y doña Amalia Davant; una mesita para Thé de don Ricardo Sanz; un alfiler de diamantes y perla de don Ramón Mas y señora.

Del novio a la novia: Un aderezo de perlas y brillantes; una pulsera de oro y brillantes; un tintero de cristal de roca con incrustaciones de oro, estilo imperio, una vide poche de porcelana de Saxe; un bronce de arte montado sobre ágata; un joyero estilo imperio; el traje de desposada de crespón de China blanco materialmente cubierto por verdadero encaje Richelieu y realizado con guirnaldas, maravillosamente bordadas a mano; un traje de finísimo vuelo, color vino de Burdeos, con aplicaciones de encaje bordado sobre terciopelo; un elegantísimo sombrero, haciendo juego con este último vestido; un sombrero "boer" para viaje; dos palmatorias de plata antigua; dos pantallas para piano estilo imperio; un abanico pintado sobre encaje de varillaje de nácar con incrustaciones de oro, los muebles completos del gabinete; un aparato de luz eléctrica de don Luis Posadas y señora; un juego de café de porcelana de Sevres con montura de plata dorada a fuego estilo imperio de doña Teresa Murillo; un lavabo de nogal macizo, magníficamente tallado, de don Eugenio Santos y señora.

Don Gaspar Santos y señora tres billetes de 50 pesetas y de Guillermo Santos 5 billetes de 25 pesetas. De los niños Mateo, Matías y Angelita Santos, primos de la desposada dos cubiertos de plata. De don Antonio Santos y señora dos pañuelos con bordados de Malta y un servilletero de plata japonesa de don Francisco Fernández Moragas y señora. Una figura centro de porcelana de la niña Lolita Santos. Una sombrilla bordada de don Blas Calvo y señora. Una sombrilla de gasa blanca de don Francisco Morayta y señora. Una licorera de metal de don Eusebio Mata y señora. Un billete de cien pesetas de don Fernando Sacristán, abogado de Guadalajara. Un juego de trinchantes de plata para pescado de doña Bonifacia Campo; seis cuchillos para postre de doña Misericordia Santos; un espejo modernista de don Manuel Madrid y familia. Un centro modernista para mesa de don Martín Pacheco y familia. Un cenicero de don Miguel Marín y familia. Un cenicero de don Rafael Soler y familia. Un billete de 100 pesetas de don Julián Muñoz. Un bille-

te de cien pesetas de don Julián Buen. Un cenicero de don Martín Martín. Un juego de violeteros de la señorita Rueda. Un juego de café modernista de doña Mercedes Rueda de Fontes. Seis cuchillos de mesa de las señoras de Vega. Un centro de mesa de las señoritas de Patón. Seis cuchillos de don Daniel López. Seis cuchillos de la señorita Tejeiro. Dos cubiertos de plata de don Antonio Cáceres y familia. Un centro de cristal para mesa de don Juan Antonio Parra y señora. Dos figuras modernistas de don Emilio Muñoz y familia. Un imperdible de oro y piedras finas y una magnífica medalla de oro de don José Castro, abogado. Un juego de porcelana para café del Sr. García y señora. Unas zapatillas de cabritilla blanca bordadas, de don Federico Gigante. Seis cuadros de capricho de don Bonifacio de la Cruz. Dos servilleteros de plata de don Tomás Bolós y señora. Dos cubiertos de plata de don Sebastián Nieto y señora. Una dolorosa de esmalte sobre marco de terciopelo de la comunidad del asilo de San Vicente de Paul, de la localidad. Un abanico de nácar y encaje de don Francisco Fernández y señora. Un verre d'eau de doña Rosario Posadas y un esenciero joyero de las señoritas de Vidal.



Finaliza este número cuarenta y ocho de LA ILUSTRACION último que podemos observar por ahora, con la noticia de la muerte de José Pastor, comerciante de mérito que parece que no ha existido pero que fue un caso ejemplar de laboriosidad, de conocimiento del mostrador intuitivamente, sin haber sido comerciante antes y sin haber tenido dinero como lo reunió después.

Con este número entró la revista en el quinto año de su publicación y nos ofrece en su primera página una magnífica galera cargada de mies con ocho cercos, dos gañanes y una yunta de bandera, floja de arreos como para descargar.

Qué lástima ver desfilar por estas páginas tantas personas conocidas y brillantes a su manera, de las que cuesta trabajo hablar por no conocerlas nadie y parecer que no han existido, pero que son la solera de la vida de su tiempo.

SUCEDIDO

Iba un borracho haciendo eses de acera a acera y le dice uno:

--Vaya merluza hermosa que has pescado.

--Pues ya verás, le contesta el beodo, como cuando llegue a mi casa a mi mujer no se lo parece tanto.

LA CASA DE CERVANTES

No se si nos quedará por publicar algún aspecto de la casa de Cervantes, pero este no lo está y es el más antiguo de la casa de Juan de Mata el zapatero —Juan de Mata Marcos de León— el Parraro, en la plaza del Rosquero antes de ponerle la lápida con la inscripción de haber nacido en ella Cervantes, pero la fotografía está hecha en esos días precisamente del centenario del Quijote y la aglomeración de vecinas fue sin duda motivada por el tejemaneje de los retratistas.

La casa está tal como la conocí y visité muchas veces de chico, la mujer de Juan de Mata en la puerta y la ventana de la zapatería abierta con la persiana levantada.

El grupo es muy propio del tiempo aquel y del verano, sin la menor concesión a las desnuduces, pero no conozco a ninguno. Es sin embargo ejemplar la escoba de era que se tiene sola, aunque esté empuñada por ese gafián tan propio de Alcázar y que me recuerda a todos los hombres de mi familia y a algunas mujeres.

A la plaza, además del nombre y la lápida, le colocaron en el centro un monumento de mampostería, que fue lo primero en desaparecer por las causas que figuran en esta obra. Después la casa por las razones que también se comentaron. Queda el nombre cuya suerte dirá el tiempo... pero me agrada- ría encontrar algún día noticias de lo que se hiciera en Alcázar y por quién, para decidir lo de la casa, lo de la lápida y lo del obelisco de cascotes.



Sebastián el de la fuente

He aquí un individuo en el que no habíamos caído a pesar de su popularidad, como el manco del carrillo y otros impedidos del lugar.

Se trata de Sebastián o Bastián el de la fuente, Sebastián Galán Fernández, el de la fuente porque a su servicio estuvo sus últimos tiempos.

Gracias a su sobrino, Apolonio Orea Barco hemos podido conocer su licencia absoluta, después de doce años de servir en filas sin alejarse mucho del país aunque estuvo en Cuba algún tiempo.

Su recuerdo va ligado al del agua que baja de las Santanillas digámoslo en presente porque está ahí y el que se aproveche o se considere un estorbo es otra cosa.

Le recuerdo perfectamente en sus últimos tiempos como vigilante de la fuente, colocada a este lado, a la altura de la casa de la Marina.

Debió tener alguna parálisis siendo todavía joven, porque andaba echando la pata derecha y llevaba encogido el brazo izquierdo con la mano colgandera. En este brazo contracturado se colgaba la garrota blanca que manejaba con la mano derecha y no sería raro dadas las correrías de 12 años de soldadesca, que acabara con una parálisis general, pues su mente quedó oscurecida de las primeras acometidas de la enfermedad.

Su familia era la del Rey y la Paca la Reina, hermana de Sebastián.

Su estancia en la plaza va ligada a la época de Estrella que era un hombre de flaquezas pero también de corazón.

Llevaba una blusa de color de ceniza a cuadros pequeñitos y pantalón de pana verdoso oscuro y alpargates blancos.

Hizo su campaña de Cuba y sufrió con su regimiento el asedio de Santiago cayendo prisionero, pero libró la vida por las condiciones fijadas para la rendición y mucha suertecilla porque no siempre se respetaban tales pactos después de logradas las rendiciones y nuestras guerras civiles son ejemplo vivo de ello.

Enigma que plantea el recuerdo de Sebastián. ¿Por qué se quitó la fuente rústica y tradicional de la plaza que lleva su nombre?

Pues como todo lo de Alcázar. Porque para qué se quería un trasto viejo, habiendo ya una fuente en cada casa. El agua nueva se llevó la fuente vieja y Sebastián al Asilo a esperar la llegada de la muerte. Fuera estorbos. Y la gente a tomar el sol en la acera que sustituyó a los pilones de poner los cubos y los cántaros y dar de beber a las caballerías.

RECALCO

Hace muy pocos días me trajo el chico de Fulgencio Pozo este retrato de Recalco, así llamado por herencia de su padre y por derecho propio, pues como diría él, "a mí me se paece que era clavao", ya que se trata de uno de los apodos bien puestos en Alcázar que los tiene que ni bordados.

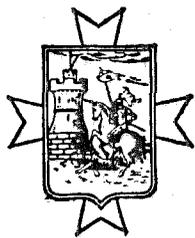
El retrato está hecho en el hogar que es la caldera donde van a parar y a consumirse todos los troncos viejos.

Me chocó y se lo dije a Pozo, la papada que se le había puesto a Eusebio -Eusebio Campo Avilés- igual que la de su madre, pues esos parecidos postreiros son indicio de que se acaba la cinta. Y en efecto, le dieron el empujón y cataplún.

Haber si hay quien diga, de los que hayan conocido a Recalco en la calle de Toledo, que este mozo no es de aquellas casas, pero la papada es de la tranquillona que no esperó a ser vieja para tenerla, sino de toda su vida.

Me ha costado mucho sentimiento su partida pues era de mi quinta. Me llevaba cinco días y uno al del Jaro Rufao y cuatro a Alfonso el de la maquinilla con el que me toca echar suertes, porque ya no es caso de echar el pulso por si sale algún bulto.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1983